



Universidad de Chile

Facultad de Filosofía y Humanidades

Departamento de Ciencias Históricas

---

“Cada uno en lugar aparte para no mancharse”<sup>1</sup>:

Encuentros y disensos culturales entre el pueblo y la élite en las fiestas del diecinueve en la Pampa y la nochebuena en la Alameda. Santiago de Chile (1850-1900).

Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia

Alumno: Ignacio Avendaño Contreras

Profesora guía: María Elisa Fernández

Año 2017

---

<sup>1</sup> “El 19 fui al Parque. En ese lugar se habia dado cita todo el pueblo de Santiago i la curadera era inmensa. Desde el último gañan hasta el Presidente de la República remolian como unos caimanes, pero cada uno en lugar aparte para no mancharse.....” Las Fiestas Patrias. (1890, 22 de septiembre). *El Ají*, p. 2.

# Índice

Introducción.....	4
1.1 El diecinueve en la Pampa.....	12
1.2 La nochebuena en la Alameda.....	19
2. La élite crea sus propias formas de fiesta.....	26
3. Segregación social de los espacios de fiesta.....	33
Conclusión.....	43
Fuentes y bibliografía.....	45

La zamacueca chilena  
De este pueblo tan querida  
Que en Dieziocho i Noche Buena  
A quien baila enajena  
I a los placeres convida.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Lathrop, Carlos 2°. (1895). *La pascua en Santiago*. Santiago: Impr. Albion, p. 35.

## Introducción:

“¿qué son nuestras fiestas? Una baraiúnda de músicas, repiques, cañonazos, comilonas y peleas. En lugar de ejercicios útiles, de concursos literarios, de espectáculos grandiosos, nuestras fiestas son un verdadero trasunto de las Dionisiacas, de las Bacanales y de las Saturnales.”<sup>3</sup>

El Chile decimonónico, más allá del mito histórico de la nación en orden, fue un contexto histórico propicio para el desarrollo de una cultura festiva particular, que se manifestaba tanto en el día a día, como en fiestas religiosas –que se celebraban desde época colonial– y fiestas cívicas. Nosotros hemos escogido una religiosa y una cívica, siendo éstas las más importantes del año por su transversalidad y masividad: las fiestas patrias (enfaticándose los festejos del día diecinueve en la Pampa) y la nochebuena, también llamada pascua o navidad, en la Alameda. En su origen, estas se fiestas configuraron como verdaderas fiestas populares en que participaban todas las clases sociales.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, las prácticas de los dos principales grupos sociales, el pueblo y la élite, se fueron diferenciando y alejando paulatinamente, lo que tendría consecuencias para la celebración de estas fiestas populares. Alfredo Jocelyn Holt retrotrae este proceso hasta el siglo XVIII, asegurando que desde allí en adelante se dio un continuo distanciamiento entre la cultura popular y la alta cultura.<sup>4</sup> Luis Alberto Romero coincide con esto, aplicándolo al contexto de la segunda mitad del siglo XIX: “Mientras la elite abandonaba las viejas formas de convivencia, los hábitos y modos de pensar tradicionales, éstos se mantenían con firmeza en unos sectores populares que, por otra parte, soportaban durísimas condiciones de existencia.”<sup>5</sup> Por último, Manuel Vicuña nos señala que “No es difícil sostener que las numerosas costumbres europeas adoptadas por la oligarquía, aumentaban paulatinamente la distancia entre sus gustos y los del bajo pueblo.”<sup>6</sup>

Habiendo quedado claro lo anterior, cabe preguntarse: ¿cómo se puede explicar este alejamiento entre los usos culturales de la élite y las costumbres del pueblo?, ¿es un simple cambio de gustos o es más bien la respuesta a nuevas condiciones sociales, económicas y culturales de la élite chilena? Durante la segunda mitad del siglo XIX, la actividad económica avanzó a ritmo creciente, desarrollándose con esto el sistema financiero y comercial chileno.<sup>7</sup> A esto debe sumársele la amplia presencia británica y francesa en las importaciones del país, donde los primeros acaparaban entre un tercio y la mitad de

---

<sup>3</sup> Ruiz Aldea, Pedro. (1947). *Tipos y costumbres de Chile*, Santiago: Zig-Zag, 1947, pp. 59-60.

<sup>4</sup> Jocelyn-Holt, Alfredo. (1999). *El peso de la noche*. Santiago: Planeta, p. 31.

<sup>5</sup> Romero, Luis Alberto. (1997). *¿Qué hacer con los pobres? elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*. Buenos Aires: Sudamericana, p. 26.

<sup>6</sup> Vicuña, Manuel. (1996). *El París americano*. Santiago: Univ. Finis Terrae, p. 37.

<sup>7</sup> Collier, Simon. (1999). *Chile*. En: Bethell, Leslie (ed.). *Historia de América Latina 6. América latina independiente, 1820-1870*. Barcelona: Crítica, p. 253.

las mercancías en este período.<sup>8</sup> Otros hitos como el descubrimiento del mineral de Caracoles, y la creciente inversión chilena en los nitratos de la zona norte –que experimentó un auge tras la victoria en la guerra del Pacífico–, favorecieron la riqueza de la élite chilena durante la segunda mitad decimonónica. Bajo este panorama económico alentador, era de esperarse que la élite refinara su *modus vivendi* y tomara prestados modelos europeos.<sup>9</sup>

Sin embargo, mientras la élite se deleitaba con los beneficios de la economía, el pueblo mantuvo sus condiciones de vida intactas, en gran medida. Esto podemos verlo a través de la descripción que nos da Benjamín Vicuña Mackenna sobre las condiciones de vida del bajo pueblo de la zona sur de Santiago, en las cercanías del antiguo canal de San Miguel<sup>10</sup>:

Arrendado todo el terreno *a piso*, se ha edificado en toda su area un inmenso aduar africano en que el rancho inmundo ha reemplazado a la ventilada tienda de los bárbaros, i de allí ha resultado que esa parte de la poblacion, el mas considerable de nuestros barrios, situado a barlovento de la ciudad, sea solo una inmensa cloaca de infeccion i de vicio, de crimen i de peste, un verdadero «potrero de la muerte», como se le ha llamado con propiedad.<sup>11</sup>

Las condiciones de vida del pueblo eran por tanto, precarias, y eso se mantuvo durante todo el siglo XIX. Estas abismales diferencias entre estratos sociales llevaron por tanto, a que durante este período el pueblo mantuviera una cultura propia, aislada de los mitos urbanos y ciudadanos de la élite.<sup>12</sup>

La problemática central de este trabajo, ahonda por tanto en la diferenciación cultural que se produce entre ambas clases, pueblo y élite, y en cómo este proceso se manifiesta finalmente en la segregación social de los espacios de fiesta (la Pampa y la Alameda). Nuestra hipótesis al respecto, es que pese a la segregación y el desprecio de la élite, la cultura festiva popular mantuvo su vivacidad a lo largo del período de estudio, en torno a prácticas como la música, las danzas, el consumo de comidas y licores, la oralidad, etc. Este planteamiento puede resumirse en el siguiente enunciado:

Que el pueblo, a falta de fonda,

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 254.

<sup>9</sup> “De Francia tomaron como modelo la ropa, la cocina o la educación de los hijos, encargada a los padres franceses o las monjas del Sacre Coeur; de Inglaterra, los modelos masculinos: el clubman y luego el sportman.” Romero, Luis Alberto. *Op. cit.*, 34.

<sup>10</sup> Actual Avenida Diez de Julio.

<sup>11</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín. (1872). *La transformación de Santiago*. Santiago: Impr. de la librería del Mercurio, pp. 24-25.

<sup>12</sup> Salinas, Maximiliano. *Comida, música y humor. La desbordada vida popular*. En: Sagredo, Rafael; Gazmuri, Cristián (eds.). *Historia de la vida privada en Chile. Tomo II. El Chile moderno. De 1840 a 1925*. (2006). Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones S.A, p. 85.

Las hallará donde él quiera.<sup>13</sup>

Habiendo expresado ya de manera sucinta el contexto histórico, problema central e hipótesis que sustentan este trabajo, pasaremos a continuación a explicar nuestro marco teórico.

La producción historiográfica dedicada a estudiar las expresiones de la cultura popular chilena ha tenido un creciente auge durante las últimas décadas, de la mano de historiadores como Maximiliano Salinas, Fernando Purcell y Micaela Navarrete.<sup>14</sup> La labor de estos historiadores se ha dedicado a caracterizar las prácticas culturales del pueblo chileno (música, bailes, juegos, instancias de sociabilidad, dichos, etc.), pero también a problematizar en torno a la relación de estas prácticas con el contexto social e histórico al que se enfrentan. Otro punto que cabe destacar de los trabajos de estos historiadores es la valorización y uso de fuentes no convencionales, como la poesía popular escrita, la prensa satírica y la literatura. El tema de nuestro trabajo, las prácticas –o costumbres– del pueblo y la élite en torno a dos fiestas populares en el Santiago decimonónico, se acerca pues al enfoque esta corriente historiográfica a nivel nacional.

A nivel internacional, nuestro estudio se enmarca claramente dentro del variado universo que es la historia cultural. Una de las principales características de este tipo de historia, es que trata temas relacionados a la subjetividad de los sujetos históricos (ritos, danzas, música, literatura, etc.). Es por esto que este tipo de historia suele mantener cierta distancia de las variables económicas, políticas y sociales, que si bien influyen siempre en la cultura, no la determinan de manera estructurante. Así nos lo dice Roger Chartier:

la historia cultural se aparta sin duda de una dependencia demasiado estricta en relación con una historia social dedicada al estudio de las luchas económicas únicamente, pero también regresa sobre lo social ya que fija su atención sobre las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que construyen, para cada clase, grupo o medio un ser-percibido constitutivo de su identidad.<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> ¡Muera la Pascua! (1886, 14 de diciembre). *El Padre Padilla*, p. 4.

<sup>14</sup> Ejemplos de estudios históricos que problematizan la cultura popular chilena en el contexto decimonónico son: Purcell, Fernando. (2000). *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; Salinas, Maximiliano. (2007). *¡Vamos remoliendo mi alma!: La vida festiva popular en Santiago de Chile: 1870 a 1910* (1ª. ed.). Santiago: LOM; Navarrete, Micaela. (1993). *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

<sup>15</sup> Chartier, Roger. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, p. 57.

Clifford Geertz coincide en considerar que la historia cultural no persigue la creación de estructuras rígidas, pues plantea que el análisis de la cultura debe ser “no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones.”<sup>16</sup>

Sin embargo, no debemos pensar que los planteamientos recién citados abstraen a la historia cultural de los conflictos sociales y de clase, sino que al contrario, este tipo de historia permite visibilizar estos conflictos en lugares donde otros historiadores no los ven. Así es que, por ejemplo, si estudiamos la cultura popular de cualquier sociedad, será casi inevitable toparnos también con una cultura elitista que se le opone, y relaciones de tensión-distensión entre ambas. Desde esta perspectiva, la historia cultural se constituye como un campo que sí sirve para develar los conflictos de clase, tal como nos lo dice E. P. Thompson:

una cultura también es un fondo de recursos diversos, en el cual el tráfico tiene lugar entre lo escrito y lo oral, lo superior y lo subordinado, el pueblo y la metrópoli; es una palestra de elementos conflictivos, que requiere un poco de presión -como, por ejemplo, el nacionalismo o la ortodoxia religiosa predominante o la conciencia de clase- para cobrar forma de «sistema».<sup>17</sup>

Otro autor que coincide con este planteamiento es John Storey, quien pone acento en la naturaleza dialéctica de la categoría ‘cultura popular’: “la cultura popular siempre se define, implícita o explícitamente, en contraste con otras categorías conceptuales: cultura folclórica, cultura de masas, cultura dominante, cultura de la clase trabajadora, etc.”<sup>18</sup> Para aplicar esta teoría a nuestra investigación, utilizaremos pues las categorías de cultura popular y cultura elitista, atribuyendo a cada uno de estos conceptos el significado nos vayan otorgando las prácticas de estas clases sociales.

La relación entre una cultura baja y una cultura alta ya ha sido explorada por importantes historiadores como Peter Burke, quien lo explica en el contexto del renacimiento italiano:

De un lado, la difusión entre el pueblo de las formas e ideas de las élites renacentistas: su difusión social, además de la geográfica. Por comodidad emplearemos una sencilla metáfora espacial y hablaremos de un movimiento «hacia abajo». De otra parte, estaba el movimiento «hacia arriba»: la herencia de la cultura popular en que se inspiraron los artistas y escritores.<sup>19</sup>

Entenderemos pues, según este autor, que la relación entre lo popular y lo elitista no actúa sólo en función de la alteridad, sino que hay también un tráfico de significados que transitan entre lo popular

---

<sup>16</sup> Geertz, Clifford. (2003). *La interpretación de la culturas*, Barcelona: Gedisa, p. 20.

<sup>17</sup> Thompson, Edward. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica, p. 19.

<sup>18</sup> Storey, John. (2001). *Teoría cultural y cultura popular*, Barcelona: Octaedro, p. 13.

<sup>19</sup> Burke, Peter. (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza, p. 164.

y lo elitista. Aplicándolo a nuestro contexto, nada más decidor del movimiento ‘hacia arriba’ que el rescate de las costumbres populares que hacen autores como Alberto Blest Gana y Luis Orrego Luco, integrantes de las más encumbradas familias de la élite decimonónica.

Refiriéndonos ya a las subdivisiones que posee la historia cultural, podríamos situar a nuestro trabajo –por el trabajo de fuentes que emplea– cercano a la corriente historiográfica denominada ‘nuevo historicismo’.<sup>20</sup> Esto es, por la valoración que hace del uso de las fuentes literarias para “buscar los grupos marginales y escuchar las voces suprimidas”.<sup>21</sup>

En relación a esto, pasaremos a continuación a explicar las fuentes utilizadas y la metodología de trabajo.

Como ya expresamos anteriormente, hemos privilegiado a las fuentes literarias por sobre las fuentes ‘oficiales’, pues son éstas las que se ocuparon mayormente de retratar las fiestas del diecinueve en la Pampa y la nochebuena en la Alameda. Esta elección responde también al auge que vivió la literatura costumbrista durante el período que abarca nuestro estudio. Esto conllevó a que estos cuadros de costumbres puedan hallarse en distintos tipos de fuentes: periódicos, novelas, obras teatrales, etc.<sup>22</sup>

Partiremos mencionando a la prensa satírica, que constituye una gran parte de las fuentes utilizadas. Este tipo de periódicos –de carácter bastante crítico– tienen la ventaja de referirse cotidianamente a la vida de los sectores populares y sus conflictos sociales, culturales y económicos. Otra característica de esta prensa es que en ella suelen encontrarse acontecimientos narrados en métricas como la décima y la cuarteta, acercándose bastante en su modo de relatar los hechos a la Lira Popular. Los periódicos de este género utilizados son: *El Ají*, *El Charivari*, *El Fígaro*, *El Jeneral Pililo*, *El Padre Cobos*, *El Padre Padilla*, *La linterna del diablo* y *Poncio Pilatos*. También hemos revisado prensa seria, la que igualmente en ocasiones nos ofrece pintorescos relatos sobre las fiestas. Este tipo de prensa también nos brinda otros elementos que nos son útiles: avisos comerciales, comunicados de policía o de la Intendencia, reglamentos relativos a las fiestas, etc. Los periódicos de este tipo que hemos incluido

---

<sup>20</sup> “El Nuevo Historicismo tiene en su base una concepción materialista de la historia, que arranca a los textos literarios de la ilusión de su autonomía y los integra en el proceso social.” Penedo, Antonio; Pontón, Gonzalo. *Introducción*. En: VV.AA. (1998). *Nuevo Historicismo*. Madrid: ARCO/LIBROS, p. 11.

<sup>21</sup> Kelley, Donald. *El giro cultural en la investigación histórica*. En: VV.AA. (1996). *La "nueva" historia cultural, la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinarietà*. Madrid: Complutense, p. 39.

<sup>22</sup> Un completo panorama sobre las distintas fuentes en que encontramos cuadros costumbristas durante el siglo XIX y comienzos del XX lo encontramos en: Uribe Echeverría, Juan. (1974). *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX*. Santiago: Pineda Libros, pp. 3-22.

en este trabajo son: *El Artesano Opositor*, *El Ferrocarril*, *La Barra* y *La Época*. Para la revisión de ambos tipos de prensa nos hemos remitido a los meses de septiembre y diciembre.

Cabe ahora referirse a la ‘literatura’ como suele entenderse este concepto, es decir, a la literatura culta de ficción. Hemos revisado a la mayoría de los autores connotados de la época, y hemos dejado tan sólo aquellas novelas y obras teatrales que se refieran específicamente a las fiestas del diecinueve en la Pampa y la nochebuena en la Alameda. Sólo nombraremos a algunos de los que hemos incluido en este trabajo: Alberto Blest Gana, Daniel Barros Grez y Carlos 2º Lathrop. Existe otra literatura que se pretende no ficcional y son los libros de crónicas y descripciones. En este género incluimos algunos clásicos como los diarios de María Graham, la enciclopedia de Recaredo Santos Torner y el libro sobre tipos y costumbres de Pedro Ruiz Aldea. También cabe mencionar libros incluidos que no están dentro de ninguna de las categorías anteriores, como el *Tratado de baile* de Alfredo Franco Zubicueta. Para finalizar con el recuento de fuentes primarias, hemos incluido un par de Liras Populares pertenecientes a la colección Lira Popular del Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile.

Las fuentes secundarias son bibliográficas que va sólo encaminada a contextualizar y validar el camino de las fuentes primarias. En cualquier caso, todas las obras editadas, ya pertenezcan a fuentes primarias o secundarias, pueden hallarse en el apartado de bibliografía.

La metodología en cuanto al uso de las fuentes literarias por los historiadores no es por nada un tema resuelto. Los propios discípulos del nuevo historicismo, juntamente con levantar la premisa del uso de la literatura, han renunciado a la pretensión de formular un paradigma para la interpretación de las obras literarias.<sup>23</sup>

Robert Darnton, en su introducción a *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* nos dice, con respecto al uso de materiales literarios “Este tipo de historia cultural pertenece a las ciencias interpretativas. Parece demasiado literario para clasificarlo bajo el rubro de *appellation contrôlée* de la ciencia”.<sup>24</sup>

¿Qué debemos hacer por tanto? ¿Crear derechamente en la literatura como fuente de información fidedigna? ¿Tamizar cada obra literaria según el autor y su mundo circundante? Creemos que la respuesta está en una mezcla de estas dos cuestiones.

---

<sup>23</sup> Gómez Redondo, Fernando. (2008). *Manual de Crítica Literaria contemporánea*. Madrid: Castalia, p. 434.

<sup>24</sup> Darnton, Robert. (2002). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de cultura económica, p. 14.

En relación a la literatura culta, los historiadores chilenos Gabriel Salazar y Julio Pinto opinan que “está claro que Blest Gana glosaba y recogía, más que inventaba.”<sup>25</sup> Concordamos con esta aseveración, pues en varios escritos del autor se reconoce un ánimo de recreación fidedigna, el cual llega a su apogeo en los artículos costumbristas que publicó en varios periódicos de su época.<sup>26</sup> ¿Nos impele esto a considerar a todos los autores costumbristas verosímiles en cuanto relatan? La respuesta es no, pero también sí, en cuanto Blest Gana representó un modelo que muchos de ellos siguieron. La cuestión es desentrañar el grado de ficción que guarda cada escena, y para esto cabe ir del texto al contexto y preguntarse por la viabilidad de que estos hechos ocurrieran ‘en realidad’.

¿Qué pasa en el caso de la poesía popular? Micaela Navarrete afirma en la introducción de su *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* que “El estudio de la poesía popular permitirá observar la realidad histórica desde la perspectiva y la mentalidad de las clases populares”<sup>27</sup>. ¿Son los poetas populares decimonónicos representantes, por tanto, de la generalidad de las formas de ver el mundo del bajo pueblo? La respuesta es no, pero también sí. Todo depende nuevamente de cómo ponderemos las fuentes y de cuánto exijamos de ellas.

A fin de cuentas, la aseveración de Alan Liu parece cobrar sentido: “el pasado es un drama de costumbres en el que actúa el sujeto del intérprete.”<sup>28</sup> Es decir, que depende del propio historiador la carga simbólica que se le acabe atribuyendo a un texto literario.

Es por esto que hemos decidido trabajar, tanto con poesía popular y prensa satírica (que dan una visión de las fiestas desde el mundo popular), como con prensa seria y literatura culta (que nos otorgan versiones más ‘civilizadoras’ de las mismas). Probablemente ninguna de estas dos versiones sea la más objetiva, pero si se ponen en contacto ambas, puede que se lleguen a revelar discordancias, tensiones y puntos de encuentro entre los relatos. Hemos apostado pues, por este camino, el del historiador que se limita a seleccionar sus fuentes de acuerdo a sus objetivos, para que éstas puedan comunicar la historia por sí mismas.

Este trabajo está dividido en tres partes.

---

<sup>25</sup> Salazar, Gabriel; Pinto, Julio. *Historia Contemporánea de Chile* (v.1). (1999) Santiago: LOM, p. 36.

<sup>26</sup> Blest Gana, Alberto. (1947). *Costumbres y viajes: páginas olvidadas*. Santiago: Difusión.

<sup>27</sup> Navarrete, Micaela. Op. cit., p. 18.

<sup>28</sup> Liu, Alan. *El poder del formalismo: el Nuevo Historicismismo*. En: VV.AA. (1998). *Nuevo Historicismismo*. Madrid: ARCO/LIBROS, p. 222

La primera se dedica a caracterizar los festejos del diecinueve en la Pampa y la nochebuena en la Alameda en tanto fiestas populares, explicando el nacimiento de éstas en sus respectivos espacios, sus principales características culturales y sus condiciones materiales.

La segunda parte está dedicada a la creación de nuevas formas de fiesta por parte de la élite en teatros salones y clubes. Estos espacios representan el disenso cultural de la élite para con el pueblo.

Finalmente, la tercera muestra la segregación social que ejerció la élite sobre los espacios tradicionales de la fiesta (la Pampa y la Alameda).

# 1. Dos fiestas populares en el Santiago decimonónico

## 1.1 El diecinueve en la Pampa:

*“En ese lugar se había dado cita todo el pueblo de Santiago i la curadera era inmensa.”*<sup>29</sup>

Las celebraciones que en Chile son denominadas *fiestas patrias* se remontan a las primeras décadas de independencia del país, aunque cabe decir que en algún momento de aquellos primeros decenios el dieciocho de septiembre debió también convivir con otras fiestas cívicas (12 de febrero y 5 de abril). Más allá de esto, las celebraciones del dieciocho de septiembre fueron las primeras en instituirse (en 1811),<sup>30</sup> consolidándose desde 1837 en adelante como la principal fiesta cívica en conmemoración de la independencia del país.<sup>31</sup>

Hacia mediados de siglo las fiestas patrias ya se hallaban consolidadas en torno a ciertas actividades oficiales que se repetían año a año y conformaban el ‘programa oficial’. Éste era publicado con antelación por los diversos periódicos de la época, y en él se detallaban los distintos eventos de carácter oficial: salvas de artillería desde la fortaleza de Hidalgo al salir el sol del día 17, misa de gracia o *Te Deum* en la Catedral a las 11 de la mañana del día dieciocho, revista de tropas en el Campo de Marte durante el día diecinueve, carreras de caballos y juegos populares en el día 20, sólo por nombrar las más tradicionales. El programa oficial generalmente estipulaba eventos desde el día 17 hasta el 20 o 21 del mes de septiembre, pese a lo cual en ocasiones los festejos podían alargarse hasta por ocho días consecutivos.<sup>32</sup>

Pero entre todos los días del programa patrio, el día diecinueve era el más conmovido, pues durante ese día se daba una inmensa fiesta popular en la entonces denominada *Pampa* o *Campo de Marte*. El programa estipulaba para ese día el desfile de las tropas de los diversos batallones y regimientos, que debían formarse en la Alameda para luego dirigirse al Campo de Marte, donde los festejos populares de las fondas y carretones de arpa y guitarra coincidían con los ejercicios de las tropas. Era el diecinueve por tanto, una ocasión en que militares y civiles, ricos y pobres, se reunían como parte de una misma fiesta, que por su transversalidad y masividad merece ser llamada fiesta popular. Una descripción del panorama que ofrecía el Diecinueve en la Pampa nos lo da el periódico

---

<sup>29</sup> Las Fiestas Patrias. (1890, 22 de septiembre). *El Ají*, p. 2.

<sup>30</sup> Peralta, Paulina. (2007). *¡Chile tiene fiesta! : El origen del 18 de septiembre (1810-1837)* (1a. ed., Colección historia). Santiago, Chile: LOM Ediciones, p. 191.

<sup>31</sup> Ídem, p. 65.

<sup>32</sup> “Mucho tendríamos que decir i que escribir si quisieramos seguir hoy con la memoria i la pluma la larga i no interrumpida serie de fiestas que se han sucedido sin dar un punto reposo en los ocho dias corridos.” Revista semanal. (1860, 24 de septiembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

*El Charivari*, hacia 1868: “La pampa presentaba un aspecto pintoresco i animado: multitud de fondas, de carpas, de ventas de todas clases se elevaban por todas partes. Bandadas de huasos montados en briosos caballos recorrían el campo, pechando i atropellándose a cada momento.”<sup>33</sup>

Pero antes de proseguir con la caracterización de esta fiesta cabe referirse a la historia del espacio en que ésta sucedía, es decir, la Pampa. Las primeras referencias que tenemos de este espacio nos las da la viajera inglesa María Graham, quien en su diario de 1822 hace referencia a un amplio terreno ubicado al sur poniente de la ciudad, que por entonces era denominado simplemente ‘llano’. La autora nos dice que durante los días domingos de aquel año el pueblo acudía allí a establecer sus chinganas, en las que se comían buñuelos fritos en aceite, se bebían diversas clases de licores y se tocaban músicas populares con arpa y guitarra.<sup>34</sup> Por otra parte, Graham relata que en este espacio también ya se realizaban ejercicios militares, aunque no de manera conjunta con las diversiones populares.<sup>35</sup>

La tradición que hizo coincidir la instalación de fondas en dicho espacio con las fiestas cívicas de septiembre se remonta –a lo menos– a 1832, año en que se remató una parte de este llano para el establecimiento de ramadas, tabladillos y ventas durante cinco días a partir del dieciséis de septiembre, coincidiendo esto con la presencia del presidente de la República en dicho lugar durante el día diecinueve,<sup>36</sup> tal como se daría en las fiestas del diecinueve en la Pampa durante toda la segunda mitad del siglo XIX.

Hacia el año 1843 este llano –que ya era popularmente reconocido como la *Pampa* o *Pampilla*– fue adquirido por el Estado con el fin de ser utilizado para la ejecución de ejercicios militares, motivo por el cual la Pampa pasó a llamarse oficialmente *Campo de Marte*. Como parte de la proyección militar de este espacio, los extremos del Campo de Marte fueron destinados a la construcción de varios edificios de carácter militar y carcelario, como el Cuartel de Artillería (1858) –que puede apreciarse en el óleo *18 de septiembre en la Pampilla* del francés Ernest Charton de Treville– y el Presidio Urbano en el extremo norte, y la Cárcel Penitenciaria (c. 1845) en su extremo sur.<sup>37</sup>

---

<sup>33</sup> Omar. Celebración del aniversario. (1868, 27 de septiembre). *El Charivari*, p. 2.

<sup>34</sup> Graham, María. (19--). *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)*. Madrid: América, p. 255.

<sup>35</sup> Sobre la revista de tropas del día 18 de septiembre de 1822 María Graham comenta: “Lo primero que oí después de una larga noche de insomnio fue el ruido de la caballería. Me levanté de la cama y fui al balcón, desde donde vi á los milicianos que iban al terreno en que les pasará revista el Director. Son unos 2.000 hombres, armados de lanzas de caña de veinte pies de largo y con puntas de hierro...” Graham, María. Op. cit., p. 336.

<sup>36</sup> Peralta, Paulina. Op. cit., p. 197.

<sup>37</sup> Tornero, Recaredo Santos. (1872). *Chile Ilustrado: guía descriptiva del territorio de Chile, de las capitales de Provincia i de los puertos principales*. París: Impr. Hispano-Americana de Rouge Dunan i Fresne, p. 20.

Pese al cambio de uso de la Pampa, ésta no fue mayormente intervenida en su fisonomía, manteniendo aún un carácter eminentemente campestre. Por este motivo el pueblo siguió designándola con su nombre de antaño.<sup>38</sup>

Durante toda la segunda mitad del siglo XIX, el programa oficial de las festividades patrias estipuló para el día diecinueve de cada año la formación de los distintos batallones militares en la Alameda de las Delicias, desde donde marchaban hacia la ya referida pampa: “Toitos los batallones se fueron pa la lamea i se pusieron en la calle del medio en frente a un altar que avian echo pa que los sordados olleran misa, despues que la olleron se fueron pa la pampa...”<sup>39</sup> Conjuntamente a los batallones militares, todo el pueblo civil de Santiago se dirigía en su conjunto a la Pampa, yendo algunos a pie,<sup>40</sup> pero siendo más común el traslado en carruaje<sup>41</sup> o carreta<sup>42</sup> (dependiendo de la clase social). Esta marcha conjunta de militares y civiles de todas las clases sociales hacia la pampa es descrita de manera magistral hacia 1856 por *El Ferrocarril*:

Mil carruajes desfilan en pos de ellos [los batallones], conduciendo al mismo punto encumbrados magnates i humildes obreros, señoras i fregonas, grandes i pequeños. Fiesta eminentemente popular, la del 19 de setiembre en el campo de Marte es un verdadero panorama universal en donde se tocan,

---

<sup>38</sup> “Arreglé para que fuésemos

A echar al aire una cana  
A lo que Campo de Marte  
O Parque Cousiño llaman  
Los chilenos, pero que

Yo llamo i llamaré Pampa.” Las fiestas del Dieziocho. (1881, 24 de setiembre). *El Padre Cobos*, p. 1.

<sup>39</sup> Pedro Alegría. El Dieziocho. (1869, 25 de setiembre). *El Charivari*, p. 4.

<sup>40</sup> “Con su chamanto i su pita

Pasea el roto de a pié,  
Del brazo con su chinita  
Que, sin moño ni corsé,  
Vá sin armar terremotos  
Diciendo con mucha gracia:  
¡Aquí van un par de rotos!

¡Que viva la democracia!” Los dos pueblos. (1882, 18 de setiembre). *El Padre Cobos*, p. 4.

<sup>41</sup> “Un número inmenso de carruajes conduciendo a las damas mas hermosas de la capital, cruzaba por todas partes, llevando al paseo el mas agradable i delicado de sus adornos”. Campo de Marte. (1865, 21 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>42</sup> “Tirada por una yunta de bueyes i con colchas de cama puestas a guisa de cortina, caminaba a las diez de la mañana del 19 de setiembre una carreta con toldo de totora, de las que usan ciertas jentes para los paseos a la pampilla.” Blest Gana, Alberto. (185-). *Martín Rivas* (v.2). Baume-les-Dames: Impr. de J. Dion, p. 38.

por decirlo así, los usos aristocráticos con las costumbres del pueblo, el refinamiento con la expresión natural de los sentimientos, la civilización con la barbarie.<sup>43</sup>

Una vez que todos arribaban a la Pampa, se daba una confluencia entre las escuadras militares que ejecutaban allí sus ejercicios de fuego y los festejos populares de las fondas y carretas. Así lo consigna *El Padre Padilla* hacia 1886:

Miéntas que el cañon retumba	Bailan vivas zamacuecas
I cargan los granaderos,	Al són de arpa i guitarras
Sécanse vasos enteros	I se improvisan hogueras,
Del sabroso de Locumba.	En cuyos fuegos lijeros
Corre el jugo de las parras	Se asan cuartos de corderos
Miéntas gallitos i cluecas	I gallinitas enteras. <sup>44</sup>

La conjunción de escuadras militares en ejercicio y fondas donde se bebía y bailaba al son del arpa y la guitarra no parecía ser algo contradictorio, pues una vez acabadas sus labores los miembros de los batallones, que eran también pertenecientes a las clases populares,<sup>45</sup> pasaban ellos mismos también a formar parte de la multitudinaria remolienda:

Cansados de hacer disparos  
I gastar pólvora, exóticos  
Brindis hecharon los cívicos,  
Pero los hecharon solos.<sup>46</sup>

La presencia del presidente de la República durante este día era también natural en la Pampa, pues allí recibía honores y posteriormente pasaba revista a las tropas para luego guiarlas en sus ejercicios.<sup>47</sup> Era tradición también que, al igual que todos en aquel espacio, el Presidente fuera instado a beber en conjunto a los hombres del pueblo.<sup>48</sup>

---

<sup>43</sup> Revista semanal. (1856, 22 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

<sup>44</sup> Después del fogueo. (1886, 23 de setiembre). *El Padre Padilla*, p. 4.

<sup>45</sup> El periódico *El Ferrocarril* (1856, 22 de setiembre), se refiere a los miembros de los batallones como “miguelinos, renquinos, ñuñoinos i demas cosecheros de estramuros”.

<sup>46</sup> Borquez, Chuchi. 18 de setiembre. (1867, 24 de setiembre). *El Charivari*, p. 4.

<sup>47</sup> “A la una en punto empezarán las maniobras que debe ejecutar la línea. Su Exa. el Presidente mandará personalmente estas maniobras que se prolongarán hasta las tres i media de la tarde.” (1850, 16 de setiembre). *La Barra*, p. 4.

<sup>48</sup> “Recordaron que es costumbre en días de fiestas patrias, que al propio Presidente de la República le hagan beber los hombres del pueblo, en el Parque durante la revista de las tropas.” Orrego Luco. (1912). *En familia*. Santiago: Zig-Zag, pp. 191-192.

Tal como la ida, la vuelta de los concurrentes de la Pampa era también un escenario en que se podían ver los usos sociales tanto de la élite como del pueblo, lo cual fue destacado por variados testigos de época, que lograron inmortalizar estas escenas. Así es que Domingo Faustino Sarmiento retrataba la mezcla de costumbres que se veía ya hacia el año 1842 en la procesión que volvía de la Pampa hacia la Alameda:

los costados de la Alameda i en los lugares por donde pasaba la concurrencia que vuelve de la Pampilla, es donde se ve verdaderamente al pueblo chileno. Al lado de los brillantes carruajes ocupados por elegantes, se ve un pesado carretón arrastrado por bueyes, que muestra por sus anchas bocas mujeres de tostado rostro que rien i cantan, al son de la vihuela canciones nacionales [...]<sup>49</sup>

El periódico *El Padre Cobos*, hacia 1875, nos da otro relato de la vuelta de la Pampa, en el cual se destacan satíricamente los efectos que había dejado la fiesta en los asistentes: “Vihuelas rotas, polleras desapretinadas, semblantes terrosos, moditos de andar mui poco académicos, gritos de ¡viva Chile, *miéchica!* i un todo admirable que hará las delicias de todos los que tengan la dicha de hallarse este día en la ciudad de Pedro Valdivia.”<sup>50</sup>



La vuelta de la Pampa. (1875, 18 de septiembre). *El Padre Cobos*, pp. 2-3.

<sup>49</sup> Sarmiento, Domingo Faustino. *Obras de D. F. Sarmiento* (v.1). (1887). Buenos Aires: Félix Lajouane, p. 359.

<sup>50</sup> Gran programa de las fiestas de setiembre de 1875, redactado correjido i aumentado por la comision nombrada por la intendencia de acuerdo con la pereza de don Zenon. (1875, 18 de septiembre). *El Padre Cobos*, p. 2.

La mezcla entre las costumbres populares y las de la élite era pues, la característica principal de los festejos del día diecinueve. Así nos lo recuerda Alberto Blest Gana, quien nos dice en *Martín Rivas* (novela ambientada en 1850) que durante este día “Las viejas costumbres i la moderna usanza se codean por todas partes, se miran como hermanas, se toleran sus debilidades respectivas i aunan sus voces para entonar himnos a la patria i a la libertad.”<sup>51</sup>

Otro testimonio de la época que da cuenta de la armoniosa convivencia entre clases sociales en el diecinueve en la Pampa nos lo da el poeta popular Javier Jerez en una de sus lirás populares, escrita probablemente entre 1871 y 1876:

Con gusto toda la jente  
Anda i no tiene pena,  
Con tranquilidad tan plena,  
Toman ponche i aguardiente  
Los pobres i los decentes;  
Remuelen mui divertidos,  
Huifa mi negro querido,  
Dicen con un tono estraño:  
Es una vez en el año  
Día tan apetecido.<sup>52</sup>

Más allá de los festejos del día diecinueve en la Pampa, las fiestas patrias incluían una multitud de otros eventos de carácter más serio. Uno de éstos es la realización de la misa de gracia –o Te Deum– durante el día dieciocho. Esta costumbre tiene antigua data, pues desde 1811 ha sido uno de las pocas actividades que se mantuvieron infaltablemente en el programa oficial de las festividades patrias<sup>53</sup>

---

<sup>51</sup> Blest Gana, Alberto. (185-). Op. cit., p. 28.

<sup>52</sup> Jerez, Javier. (c. 1871-1876). *Viva el 18 de setiembre : I el presidente Errazuriz : Canción dedicada* (Lira popular ; 525). Santiago: Imprenta Maturana.

<sup>53</sup> Peralta, Paulina. Op. cit., p. 191.

(perdurando por lo demás hasta el día de hoy). Esta actividad solía agendarse para el día dieciocho a eso de las once de la mañana, como consta en programas oficiales de los años 1850,<sup>54</sup> 1856<sup>55</sup> y 1872.<sup>56</sup>

La tradición mandaba que el presidente se dirigiera a la Catedral acompañado de tropas de distintos regimientos y de los ministros del gobierno, quienes se reunían con otras corporaciones civiles al exterior del templo. Tras esto pasaba a efectuarse el Te Deum, o misa de acción de gracias, tras la cual el presidente recibía honores en la casa de gobierno, tanto de las tropas como de las corporaciones civiles, tradición de tiempos coloniales que guardaba el nombre de *besamanos*:

Pero la Misa de Gracias.	Siguió luego el Besa Manos,
Fue otra cosa... Los Canónigos	O el Despabila vizcochos,
Don Joaquín, los sacristanes,	I recibió el Presidente
Las beatas i el son del órgano	Homenajes i piropos
Daban aquel espectáculo	De los cívicos de cuatro,
Un aspecto tan grandioso	De Miguel Luis i de Gollo,
Que hasta Chepita la Loca	I de cuantos se entusiasman
Allí estubo en traje cómico...	Con los sueldos del Tesoro... <sup>57</sup>

La realización del Te Deum, dado su carácter oficial y solemne alejado del desembarazo que conllevaban los festejos en la Pampa, puede considerarse como el contrapunto de la fiesta popular del día diecinueve. Podríamos seguir enumerando el sin fin de actividades oficiales y extraoficiales que componían las fiestas patrias durante la segunda mitad del siglo XIX, pero como este alcance escapa a nuestra investigación, pasaremos a caracterizar la otra fiesta pública que merece nuestra atención en este estudio: la nochebuena.

---

<sup>54</sup> “A las diez Su Exa. el Presidente de la República acompañado de los señores Ministros se dirigirá a la Iglesia Metropolitana, en donde será recibido por las corporaciones civiles i militares. Inmediatamente tendrá lugar la misa solemne de accion de gracias.” Programa de las solemnidades i regocijos públicos en celebridad del nacimiento de la República que tendrá lugar los días 17, 18, 19, 20 i 21 del próximo aniversario. (1850, 16 de setiembre). *La Barra*, p. 4.

<sup>55</sup> “Por la Fortaleza de Hidalgo se harán las tres salvas de costumbre durante la misa que ha de celebrarse en accion de gracias. Tan luego como salga S.E. de la casa del Congreso con direcion a la Catedral, los batallones núm. 1 i 2 tomarán por su órden la retaguardia de la comitiva, para formar despues en columna en la plaza, frente a dicho templo.” Programa de las solemnidades i regocijos públicos en celebridad de la Independencia de la República que tendrán lugar en los días 17, 18, 19, 20 i 21 del presente mes de setiembre de 1856. (1856, 15 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>56</sup> “A las once de la mañana se celebrará en el espresado templo templo una misa solemne de gracias en conmemoracion de nuestra independencia política. Durante ella se hará por la fortaleza de Hidalgo las salvas de estilo.” *Programa de las festividades cívicas de setiembre de 1872*. (sep. 1872). Santiago: Impr. de la República, p. 9.

<sup>57</sup> Chuchi Borquez. 18 de setiembre. (1867, 24 de setiembre). *El Charivari*, p. 4.

## 1.2 La nochebuena en la Alameda:

*“el pueblo soberano baila, come, bebe se enborracha i se entrega a todo jénero de alegrías baquicas.”*<sup>58</sup>

Si el dieciocho era la fiesta cívica por excelencia, de la nochebuena podría decirse lo mismo en cuanto a las fiestas religiosas, al menos por su masividad y transversalidad. Juan Rafael Allende coincide en considerarla una de las fiestas principales del pueblo chileno: “¡La Pascua! ¿Hai fiesta mas chilena que ésta? Difícilmente.”<sup>59</sup> Asimismo, *El Ferrocarril* se refiere a la importancia de esta fiesta para los santiaguinos: “Nuestra sociedad cambia diariamente en sus gustos, en sus costumbres, está sujeta, como sumisa i reverente esclava, a los mas fugaces caprichos de la moda; pero en lo que no cambia ni cambiará nunca quizás es en su aficion a la Noche-Buena.”<sup>60</sup>

A diferencia de las fiestas cívicas, que nacen en Chile en posterioridad a la independendencia con objeto de rememorar dicha gesta, las fiestas religiosas tienen un pasado mucho más dilatado, remontándose al período de evangelización, y por tanto, a la conquista. Mas sin querer remontarnos hasta este origen, nos bastará con decir que la celebración de la nochebuena en la Alameda de las Delicias se oficializó tan sólo a partir de 1856,<sup>61</sup> cuando la Plaza de Abastos (edificio antecesor del Mercado Central), se volvió demasiado pequeña y caótica para seguir siendo el escenario de la masiva fiesta de nochebuena:

Lo reducido de este local, la superabundancia de jente i las frecuentes libaciones a Baco, hacen casi forzosos toda clase de desórdenes i menos vijilantes i eficaz la accion de la policia interceptada como se halla ésta en ese laberinto de pilares, corredores, pocilgas i ventas. Por otra parte el asqueroso aspecto de la carne, el nada grato olor del pescado, cebollas i de otras sustancias aromáticas unidas al olor causadas por la acumulacion de muchas personas hacian nada agradable la permanencia en un lugar en que se celebra una de las fiestas mas alegres del año.<sup>62</sup>

El cambio de recinto gestado por el Intendente buscaba por tanto, dar mayor seguridad a las celebraciones, pero también permitir que éstas transcurrieran en un espacio más apropiado en consideración a la cantidad de personas que asistían. La Alameda de las Delicias, principal paseo de

---

<sup>58</sup> Viva la noche buena!. (1866, 26 de diciembre). *La linterna del diablo*, p. 2.

<sup>59</sup> La fiesta lejendaria. (1893, 26 de diciembre). *Poncio Pilatos*, p. 1.

<sup>60</sup> Hechos diversos. (1860, 25 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

<sup>61</sup> “Se nos ha asegurado que en la víspera de Pascua el mercado de la Plaza de Abastos en lo que respecta a flores, fruta, dulces i licores será trasladado a la Alameda con el objeto de hacer menos posibles los desórdenes i dar mas brillantez i arreglo a esa fiesta popular designada tan impropriadamente hasta aquí con el nombre de Noche buena.” La Pascua en la Alameda. (1856, 18 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>62</sup> La Pascua en la Alameda. (1856, 18 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.\*\*\*\*\*

la capital, aparecía pues como la mejor alternativa, considerando también que el hecho de estar al aire libre permitiría librar a los festejos de los olores que engendraba la Plaza de Abastos.

Pero pese a que la nochebuena se trasladó oficialmente a la Alameda en el año 1856, tenemos testimonio de que antes de esta fecha, más precisamente en 1841, ya existían puestos de ventas de comidas y licores en este paseo durante la nochebuena. El cronista Domingo Faustino Sarmiento nos retrata brevemente el ambiente que se vivía en este paseo hacia aquel año, el cual era bastante similar al que se vería desde 1856 en adelante, pero sin el elemento aristocrático y careciendo del relativo orden que caracterizaría posteriormente a la nochebuena en la Alameda:

Allí el populacho cometía mil desórdenes, no se veían mas que pleitos, las pedradas silvaban en todas direcciones, arrebatában los pañuelos del cuerpo de las mujeres, sin que las patrullas i serenos fuesen bastante a contener tan horrendos desórdenes. A poco que habia andado se me llegó al lado un descamisado dando fuertes rodillazos a una bandeja; el mozo de la águila, me dijo, hai refresco de todas clases, pescado frito con ensalaa de beterabas, hai aloja, hai orchata, hai punche en leche, hai....<sup>63</sup>

La impresión del paseo de las Delicias que nos brinda Sarmiento en 1841 contrasta con la imagen que habría presentado en 1856, en su primer año como sede oficial de los festejos, pues según el diario *El Ferrocarril* durante aquella noche (y madrugada) se habría mantenido un orden jamás visto hasta la fecha:

No se orijinaron pendencias, ni alborotos i eso que todas las clases de nuestra sociedad, desde el mas elevado rango hasta el bajo pueblo, se encontraban alli reunidos i gozando de una alegria comun. La fuerza de policia que se estacionó para la conservacion del orden, no tuvo mas que permanecer a la expectativa, pues no hubo necesidad de su accion, ni de sus auxilios para conseguirlo.<sup>64</sup>

La Alameda de las Delicias por ese entonces estaba conformada por seis filas paralelas de altos y frondosos álamos simétricamente alineados, los cuales formaban una ancha avenida al centro, y dos avenidas menores a los costados sur y norte,<sup>65</sup> en las cuales se instalaban las ventas y fondas:

se ha determinado que la colocacion de las floristas, heladeros, etc., abrace toda la estension comprendida entre la calle de Ahumada i la de Duarte [actual Lord Cochrane], i que el sitio ocupado por ellas sea las avenidas laterales de la Alameda, dejándo espedita para el paseo la avenida principal. Esta se iluminará con produsion, como en las noches del aniversario de Setiembre, i en el tablادillo

---

<sup>63</sup> Sarmiento, Domingo Faustino. Op. cit., p. 159.

<sup>64</sup> Noche buena. (1856, 26 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>65</sup> Blest Gana, Alberto. (1909). *El loco estero y Gladys Farfield* (7ª. ed.). Santiago: Zig-Zag, p. 16.

que existe en el óvalo se alternarán durante toda esa noche las bandas de música de la guardia nacional.<sup>66</sup>

Eran, por tanto, las avenidas laterales las que servían para el despliegue de las ventas y fondas, y con esto, de las diversiones populares: música, bailes, comidas, frutas, refrescos y licores. Por el paseo principal –de mayor anchura– en cambio, no se colocaban puestos de ningún tipo y tocaban ‘bandas de música’, pues así se mantenía su fisonomía de paseo aristocrático.<sup>67</sup>

Podemos encontrar descripciones de las condiciones materiales de los puestos de ventas y fondas que se instalaban en las avenidas laterales en algunas novelas de época, cuyas tramas se desarrollan en estos espacios. Así por ejemplo, Moisés Vargas en *Lances de Noche Buena* nos describe a las fondas de la Alameda como “casuchas provisionales o carpas de lona adornadas lo mejor posible”.<sup>68</sup> Más adelante el mismo autor nos retrata una de estas fondas en su interior: “La enunciada fonda era quizá una de las mejores en su rango. El pavimento estaba enjergonado; había varias mesas, sillas de junco i demas muebles de que se hacen aquella noche los propietarios, alquilándolos o pidiéndolos prestados. Dos lámparas solares de aceite i varios candelabros con velas estearina la alumbraban.”<sup>69</sup>

Otra caracterización interior de uno de estos establecimientos de nochebuena la encontramos en *Las aventuras de “Cuatro Remos”*, novela de Daniel Barros Grez, quien escenifica el interior de una fonda en la Alameda, en la que según el autor cabían holgadamente cuarenta personas:

“era de tres naves formada por cuatro hileras de horcones de pino, que hacían de columna unidas en sus horcajas o chapiteles por medio de varas de canelo, que eran los arquiteles de aquella basílica del dios Baco. Faroles de papel de colores diseminados aquí, allá y más allá, alternaban con banderillas tricolores colgadas de hilos tendidos bajo el techado de fajina.”<sup>70</sup>

Ya hacia inicios del siglo XX, tenemos el retrato que nos ofrece Luis Orrego Luco de una estas fondas de nochebuena en la Alameda, la que él prefiere denominar chingana. Queda claro por su relato, que estos establecimientos habrían mantenido su fisonomía campestre y popular durante todo el curso de la segunda mitad del siglo XIX:

---

<sup>66</sup> Noche buena. (1856, 20 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>67</sup> “La avenida principal dedicada exclusivamente para el paseo, era un verdadero laberinto con las idas i venidas de las alegres parejas, que marchaban riendo i comunicándose sus mutuas impresiones.” Noche buena. (1856, 26 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>68</sup> Vargas, Moisés. (1865). *La diversión de las familias* (v.1). Santiago: Impr. del Correo, p. 6.

<sup>69</sup> *Íbid.*, p. 21.

<sup>70</sup> Barros Grez, Daniel. (1921). *Las aventuras de “Cuatro Remos”* (v.2). Santiago: Impr. La Unión, p. 55.

“Al enfrentar á San Borja<sup>71</sup> se oía inmenso ruido de cantos y tamboreos en guitarra, con acompañamiento de harpa. Allí principiaban las *chinganas* ó sea las tiendas ó casitas portátiles, con divisiones de tela, cubiertas de banderas y gallardetes nacionales é iluminadas por faroles chinoscos, festones de hojas de yedra y papeles de colores picados, en las cuales se bailaba.”<sup>72</sup>

Se ve pues, que las fondas que se establecían en la nochebuena en la Alameda seguían en sus características culturales el mismo modelo de las chinganas que describía María Graham en 1822, aunque en vez de ramadas ahora se usaban carpas, que eran de mayor extensión e incluían muebles, faroles, banderillas, ramilletes y otros adornos.

El elemento gastronómico era inseparable de la nochebuena. La principal característica de los puestos de ventas era la variedad de frutas, helados, dulces y refrescos que vendían; así como de las fondas la variedad de platos y licores que allí los comensales podían servirse. Esta variedad de oferta en cuanto a ventas es bien retratada por el poeta popular Adolfo Reyes, quien referencia los pregones con que los vendedores solían ofrecer sus productos:

Las venteras i fruteros  
pequeneros i fonderas  
gritaban a toda esfera  
su comercio por entero  
a qui está el heladero  
almuerzo comida i cena  
tengo cerveza en arena  
tengo orchata con helados  
para los que han pacheado  
todala noche buena<sup>73</sup>

Sobre los platos que podían encontrarse en las fondas, sabemos que allí se ofertaban: “los mejores jamones i toda especie de pajarracos perfectamente cocidos, embanderolados i aliñados.”<sup>74</sup> Pero sabemos que además se vendían “empanadas calientitas, que cuando las muerden gritan”<sup>75</sup> y “pescado frito con ensaláa i con carne asáa”<sup>76</sup>.

---

<sup>71</sup> Se refiere a la iglesia ubicada en el costado sur de la Alameda entre las calles Dieciocho y Manuel Rodríguez, entonces llamada San Francisco de Borja y actualmente San Vicente de Paul.

<sup>72</sup> Orrego Luco, Luis. (1908). *Casa Grande* (v.1). Santiago: Zig-Zag, p. 22.

<sup>73</sup> Reyes, Adolfo. (1866-1930). *El hijo ahorcado por el padre : Muertos i heridos en el camino de Cintura : La fiesta de Pascua : A lo divino* (Lira popular ; 118). Santiago: S.n.

<sup>74</sup> Vargas, Moisés. Op. cit., p. 6.

<sup>75</sup> Durand, Luis. (1953). *Paisajes y gentes de Chile*. Santiago: Zig-Zag, p. 141

<sup>76</sup> La Pascua. (1883, 27 de diciembre). *El Padre Cobos*, p. 1.

En cuanto a los licores típicos que se podía encontrar en estos mismos establecimientos, Daniel Barros Grez nos ilustra: “Vino, chicha, chacolí, aguardiente, aloja, orchata arrimada a nieve y con malicia, ponche en leche más malicioso y cabezón todavía... tales eran las diversas clases de néctar que la buena señora había reunido en aquella noche memorable para alegrar a sus huéspedes.”<sup>77</sup>

En los puestos de venta en cambio se encontraban mayormente frutas:

la jente de la clase media, los obreros i hasta los descamisados, en la Noche Buena, recorrían con sus pequeñuelos la Alameda de punta a cabo, i se volvían a sus hogares llevando las primicias del estío ya en una sandía coloradita como sangre; ya en un cesto de brevas del Salto, duraznitos de la Vírjen, damascos o frutas tropicales; ya en una pañuelada de dulces de la Antonia Tapia; ya en una sarta de ollitas perfumadas de Talagante.<sup>78</sup>

Pero si hablamos de los puestos de venta no cabe olvidarse de los floristas, quienes ofrecían sus perfumados ramos insistentemente a los muchachos que se paseaban por la Alameda en compañía, para que impresionaran a sus acompañantes del sexo opuesto: “Claveles i albahacas para las niñas retacas.”<sup>79</sup> O en caso de que la mujer fuera de clase alta: “Rosas finas para las bellas santiaguinas.”<sup>80</sup>

Otro elemento que debemos hacer notar es la iluminación de la Alameda durante la nochebuena. Hacia el 1856 el periódico *El Ferrocarril* nos dice que “La iluminacion de gas que se empleó con grandiosa profusion, surtia un efecto admirable i las mil luces de las ventas formaban grupos caprichosos que completaban de un modo soberbio la ilusion.”<sup>81</sup> Asimismo, Moisés Vargas destaca que hacia 1858 se colocaban cordeles paralelos en las avenidas de la Alameda, de los cuales pendían gallardetes con los colores nacionales y farolillos chinoscos,<sup>82</sup> definiendo el panorama de iluminación de la Alameda como “Una línea de iluminacion que se estendia hasta perderse a lo lejos”<sup>83</sup> En 1860 se vuelve a destacar “las mil luces que se escapaban de las fondas improvisadas.”<sup>84</sup>

La importancia de las luminarias nocturnas en la ciudad era un punto compartido por las dos fiestas que importan a nuestro estudio, y en el caso de las fiestas patrias éstas cobraban aún mayor importancia pues no se instalaban solamente a lo largo de la Alameda, sino también en la Plaza de la

---

<sup>77</sup> Barros Grez, Daniel. Op. cit., p. 56.

<sup>78</sup> ¡Noche buena! (1898, 26 de diciembre). *Poncio Pilatos*, p. 1.

<sup>79</sup> Lathrop, Carlos 2°. Op. cit., p. 32.

<sup>80</sup> *Ibíd.*, p. 32.

<sup>81</sup> Noche buena. (1856, 26 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>82</sup> Vargas, Moisés. Op. cit., p. 6.

<sup>83</sup> *Ibíd.*, p. 11.

<sup>84</sup> Hechos diversos. (1860, 25 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

Independencia (Plaza de Armas) y en todos los edificios públicos y particulares.<sup>85</sup> En este sentido, las luces se constituían –en ambas fiestas– como un elemento modernizador y civilizador de las costumbres, pues se oponía a la tradicional oscuridad que caracterizaba a las chinganas de la antigua usanza. Esto último se reafirma en el retrato que nos brinda Eduard Poeppig de una chingana chilena entre los años 1826-1829: “Las escasas luces alumbran débilmente: consisten a menudo sólo en una astilla de madera fijada en la áspera pared, pues el chileno de esta clase no necesita todavía de múltiples instalaciones de gran elegancia...”<sup>86</sup>

Pero, además de los festejos populares en la Alameda, como buena fiesta religiosa, la nochebuena citaba a multitud de feligreses con motivo de la misa *del gallo*, la cual se realizaba a eso de la medianoche en las distintas iglesias de la ciudad, destacando entre éstas obviamente la Catedral.

Lejos de ser enteramente solemne como la misa de gracia del dieciocho de septiembre, la celebración de la misa del gallo tenía variados tintes populares, pues distintas crónicas de la época nos describen que en esta misa se interpretaban tocatas y tonadas dirigidas al *niño*, “en estilo campestre”.<sup>87</sup> Asimismo Moisés Vargas nos comenta que hacia 1858 en la misa del gallo de la Catedral se cantaba *a lo divino*.<sup>88</sup>

Pero las costumbres populares al interior de los templos no llegaban a equipararse al espectáculo popular que se presentaba en su exterior. Allí se daba la ceremonia popular de los *Nacimientos*, en las que los tradicionales *esquinazos* de cantos y tonadas populares<sup>89</sup> se combinaban con una antigua costumbre en que el pueblo se esmeraba en hacer la mayor cantidad de ruido posible, a fin de recrear el establo en que nació el *Salvador*. Con este fin, niños, adultos y personas de edad se hacían de “enormes chicharras de maderas, canarios de lata, cachos, flautines, silbatos, pititos de caña, capagatos i otra infinidad de instrumentos a propósito para producir el mas diabólico estrépito.”<sup>90</sup> Pero esto no era todo, pues también era costumbre que se llevaran hasta el mismo templo “gallinas y cerdos vivos que son golpeados para hacerlos cloquear y chillar.”<sup>91</sup>

---

<sup>85</sup> Fiestas dadas en honor al aniversario de la patria. (1856, 15 de septiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>86</sup> Poeppig, Eduard. (1960). *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)*. Santiago: Zig-Zag, p. 90.

<sup>87</sup> “La misa del gallo, como la llama el vulgo, es el espectáculo mas original que puede presenciarse. La tocatas i tonadas que se dirijen al niño, en estilo campestre, son piezas mui singulares i graciosas, que hacen recordar involuntariamente la inocente bienaventura, que se dice, reinaba en los primitivos tiempos.” Noche buena. (1856, 26 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>88</sup> “–Iremos entonces a la Catedral, dijo con un marcado desgano Crucita. –Pues, señor, allá heimos de ir, dijo Doña Peta. Me acuerdo que cantan a lo divino unos monigotes revestios i el órgano tambien lo tocan i es tan lindísimo...” Vargas, Moisés. Op. cit., p. 141.

<sup>89</sup> Noche buena. (1856, 26 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>90</sup> Vargas, Moisés. Op cit., p. 143.

<sup>91</sup> Bladh, Carlos. (1951). *La República de Chile: 1821-1828*. Santiago: Universitaria, p. 54.

Habiendo ya caracterizado sucintamente a ambas fiestas en cuanto a los espacios en que se desenvolvían (la Pampa y la Alameda), sus condiciones materiales y algunas de las tradiciones más importantes asociadas a estos festejos, podemos ver que éstas tienen más de un punto en común. Pese a que el diecinueve era una fiesta cívica diurna y la nochebuena una fiesta religiosa nocturna, ambas compartían una cultura popular ligada a las fondas de arpa y guitarra, a la gastronomía y al consumo de licor. Además hemos visto que ambas eran instancias con tintes carnalescos, en que se disipaban por un momento las divisiones sociales. Es por esto que la categoría que más se les ajusta es la de fiestas populares, lo que es corroborado por los diarios de la época que también le adjudicaban este epíteto.

Pasaremos ahora pues, a entrar de lleno al análisis de las costumbres de cada uno de los grupos sociales en el contexto de estas fiestas, y en cómo se fueron diferenciando los usos de la élite de los del pueblo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.



La Noche Buena en La Cañada. Tornero, Recaredo Santos. (1872). *Chile Ilustrado: guía descriptiva del territorio de Chile, de las capitales de Provincia i de los puertos principales*. París: Impr. Hispano-Americana de Rouge Dunan i Fresne.

## 2. La élite crea sus propias formas de fiesta:

*“ví mas tarde carteles que anunciaban funciones en todos los teatros; pero en ninguna parte donde pudiera recrear la vista el obrero que no tiene fondos que derrochar.”*<sup>92</sup>

En los apartados precedentes hemos hecho notar que ambas fiestas –el diecinueve de septiembre y la nochebuena– daban pie a una confluencia de clases sociales en torno a espacios en común. La Pampa y la Alameda representaron pues, espacios en que los usos culturales tanto de la élite como del pueblo podían convivir –aunque fuera por un día– de manera armónica.

Sin embargo, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, vemos que la tolerancia de las clases acomodadas hacia las formas de sociabilidad del pueblo se fue perdiendo, y que las diferencias culturales entre ambos estratos se fueron haciendo más evidentes. Los miembros de la élite, ya no contentos con seguir paseándose cada año entre las fondas de arpa y guitarra durante las fiestas, fueron inventando nuevas formas de sociabilidad que satisficieran sus propias pretensiones culturales de corte europeo: salones de baile, teatros, restaurants, exposiciones artísticas, entre otras. A partir de este proceso es que decimos que la élite crea su propia concepción de la fiesta, distinta de las tradicionales fondas, y más cercana a los usos europeos en cuanto a música, vestuario, espacios, etc.

El principal escenario que tendría la élite para divertirse en torno a la música, baile y consumo de licores serían los salones de baile, entre los cuales el más popular era la *Filarmónica*,<sup>93</sup> donde siempre se organizaban grandes bailes nocturnos para la élite en ocasiones como el dieciocho y la nochebuena. Así por ejemplo, en la noche del dieciocho de septiembre de 1856 tuvo lugar un baile en dicho salón, en el que “la variedad de los trajes, el buen gusto que se manifestaba en los tocados, i mas que todo esa complacencia delicada que es uno de los distintivos del carácter amable de nuestras señoritas, producian un efecto májico en nuestras imaginaciones ardientes.”<sup>94</sup> Esta elegancia contrastaba con el modo de vestir de los rotos, que difícilmente podían entrar en estos salones si estaban vestidos como era su usanza: de camisa, poncho o manta, y ojotas.<sup>95</sup>

Para la asistencia a estos salones era tanta la importancia del vestuario, que en los diversos periódicos de la época era recurrente ver avisos en los que se ofertaba ropa, vestidos y trajes –ya hechos en Europa o a la usanza europea– para los distintos bailes a que la élite asistía en estas fechas. Para el

---

<sup>92</sup> Tartaria. De todo un poco. (1900, 20 de septiembre). *El Fígaro*, p. 2.

<sup>93</sup> Este salón de baile se ubicó en la ‘Posada del Corregidor’. Este inmueble ubicado en la calle Esmeralda (entonces conocida como Calle de las Ramadas) entre las calles San Antonio y Enrique Mac Iver, es uno de los pocos edificios de esta época bien conservados y hoy alberga un museo.

<sup>94</sup> Baile filarmónico del dieziocho de setiembre. (1856, 22 de septiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>95</sup> Tornero, Recaredo Santos. Op. cit., p. 466.

Dieciocho del año 1857, por ejemplo, vemos que en la sastrería de Fernando Gardiol se ofrecían vestimentas que consistían en paletós de casimir, levitas de paño negro, pantalones de raso de varios colores y chalecos de piqué blanco para los hombres, y en toda clase de vestidos “de cualquier época que sea”, en el caso de las mujeres.<sup>96</sup>

El *Tratado de baile* de Alfredo Franco Zubicueta, fue un manual que, además de explicar cada uno de los pasos de baile de las danzas que se desarrollaban en los salones aristocráticos, también daba lecciones sobre la vestimenta que debían llevar ambos sexos en caso de asistir a estos eventos: “El hombre debe presentarse en traje negro de frac, zapatos de charol, sombrero clac, corbata i guantes blancos. En la mujer, el traje será según la edad i estado en cuanto al color o los matices, pero siempre es de cola, descote, manga corta i guantes largos.”<sup>97</sup>

Vemos por tanto, que el vestuario es un requisito imprescindible en caso de asistir a un baile de salón. Esto nos hace recordar el tipo social decimonónico del *siútico*, figura cercana al *medio pelo*,<sup>98</sup> que se caracteriza en cambio, por su comportamiento explosivamente festivo y por una exagerada y pretenciosa manera de vestir, a imitación de los elegantes. Encontramos en la literatura de nuestro período de estudio a varios representantes de este tipo social, como es el caso de Amador Molina<sup>99</sup> en *Martín Rivas*, o Pepito en *Lances de Nochebuena*, quien en una conversación con su amigo Pompeyo, se jacta de hacer durar sus prendas de vestir hasta el punto de hacer pasar la suciedad en ellas, por color:

–De noche todos los gatos son pardos, hombre, este diantre de levita me está tan pijesito... es de cuando entré al Ministerio el 56... i los guantes son los que compré en el dieziocho... están bastante malones, pero como fue a cumplirse la maldita suplencia...

–Pero, qué diantres, hombre, cualquiera diría que eran nuevos!

---

<sup>96</sup> 18 de setiembre. (1857, 3 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 4.

<sup>97</sup> Franco Zubicueta, Alfredo. (1908). *Tratado de baile* (7ª ed.). Santiago: La Ilustración, p. 26.

<sup>98</sup> “Colocada la jente que llamamos de *medio pelo*, entre la democracia que desprecia i las *buenas familias* a las que ordinariamente envidia i quiere copiar, sus costumbres presentan una amalgama curiosa, en las que se ven adulteradas con la presuncion las costumbres populares, i hasta cierto punto en caricatura las de la primera jerarquía social, que oculta sus ridiculeces bajo el oropel de la riqueza i de las buenas maneras. \*\*\*\*\*

<sup>99</sup> Blest Gana nos entrega una detallada descripción de la manera de vestir de este personaje, que califica como *siútico*: “Sombrero bien acepillado, aunque viejo, inclinado a lo lacho sobre la oreja derecha. Corbata de vivos i variados colores, con grandes puntas figurando alas de mariposa. Camisa de pechera bordada por las hermanas, bajo la cual se divisaba la almohadilla forrada en raso carmesí, que por entónces usaban algunos con pretensiones de elegantes, para ostentar un cuerpo esbelto i levantado pecho. Chaleco bien abierto, de colores, en pleito con los de la corbata, abotonado por dos botones solamente i dejando ver a derecha e izquierda los tirantes de seda, bordados al telar por alguna querida para festejarle en un día de su santo. Frac de color dudoso, i dejando ver por uno de los bolsillos la punta del pañuelo blanco. Pantalones comprados a lance i un poco cortos, color perla algo deteriorado. I por fin botas de becerro, con su lijero remiendo sobre el dedo pequeño del pié derecho; i lustradas con prolijo cuidado.” Blest Gana, Alberto. Op. cit., p 311-312.

- ¿Te parece entonces que se puede estar con ellos sin cuidado?  
–Como que son mas elegantes que los míos, de color claro... no son plomos?  
–Eran blancos... hombre...<sup>100</sup>

El siútico por tanto, es un ejemplo de la influencia que estos nuevos usos culturales de la élite (en este caso el vestuario) desprendía sobre otros sectores sociales, que si bien no solían pertenecer al pueblo más bajo, si estaban más cercanos a ellos que a la élite en cuanto a su condición socioeconómica.

Otro ejemplo del vestuario que se podía usar en estas fiestas aristocráticas nos lo da Moisés Vargas, quien recrea un baile de máscaras en el Teatro Municipal durante la nochebuena de 1858. La peculiaridad de esta modalidad estaba en que los asistentes debían ir disfrazados, y según el autor podían verse allí hombres vestidos de turcos, griegos, andaluces, toreros, majos, escoceses y hasta del mismísimo Satanás. Pero lo más impactante era que la élite recreaba también en sus disfraces a los mismos personajes populares que pululaban afuera de estos salones: el roto y el minero.<sup>101</sup>

Mas no sólo el vestuario de los asistentes a estos salones marcaba una profunda diferencia con los usos culturales del pueblo, sino que también la decoración de estos espacios era muy distinta a la simple ornamentación de las fondas populares. En el caso de dos bailes organizados en el Salón de la Sociedad Filarmónica durante el mes de septiembre de 1857, vemos que cada uno de ellos estaba adornado artificiosamente en honor a una temática diferente, mostrando en ambos casos la enorme pretensión que la élite tenía de imitar las estéticas europeas:

En el baile de fantasia el salon será revestido a la Luis XIV, con toda la pompa rejia de aquella época brillante, que la historia llama la *edad de oro* de la Francia i en el de los guardias nacionales el salon representará una tienda de campaña, ataviada con trofeos de armas, estandartes i demas insignias militares. En este último, el salon será tambien decorado con cuadros historicos i en su testera se colocará uno que representa el banquete de los Jirondinos [...]<sup>102</sup>.

Vemos aquí un gran contraste, pues mientras la élite imitaba la estética europea –y sobre todo francesa– tanto en sus formas de vestir como en las ornamentaciones de sus salones de fiesta, las chinganas populares mantenían una estética plenamente chilena y popular, en la que nunca faltaba la bandera del tricolor nacional:

Ya se largaron las fondas

---

<sup>100</sup> Vargas, Moisés. Op. cit., p. 34.

<sup>101</sup> “Acá andaba un mosquetero del tiempo de Luis XIII de braceo con un minero con sus correspondientes *ojotas* y *culero*. Más allá uno disfrazado de *roto* va tirando de la cola a otro que representa al enemigo del género humano, a Satanás en persona.” *Ibíd.*, p. 109.

<sup>102</sup> Dos grandes bailes. (1857, 24 de septiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

que levantaron bandera  
y vuelan como palomas  
los gritos de la chilena.<sup>103</sup>

Con respecto a la música que se interpretaba y bailaba en aquellas fiestas, ésta era interpretada por orquestas, como la de la Sociedad Filarmónica, la ‘de la ópera’ o las provenientes de bandas militares. En el repertorio que estas orquestas tocaban predominaban las danzas de origen europeo, como se vio en el baile filarmónico del dieciocho de septiembre de 1856: cuadrillas francesas, schotis y redowa checos, mazurkas rusas,<sup>104</sup> y el estreno de ‘La Victoria’, “un célebre vals de Straus”<sup>105</sup>.

El repertorio de una banda de música del Regimiento Cívico n° 2 de Santiago que tocaría en la Alameda durante la tarde y noche del 25 de diciembre de 1889 nos da datos sobre los estilos musicales de los que disfrutaba la élite, repitiéndose algunos con el ejemplo anterior: paso doble español, mazurkas, vales austríacos, galopas argentino-paraguayas y un popurrí de óperas doctas como Atila y la Traviata.<sup>106</sup> El ya citado *Tratado de baile* de Alfredo Franco Zubicueta incluye además de las danzas ya citadas, a la polka, y algunas otras danzas que se habrían puesto de moda hacia fines del siglo XIX, como las norteamericanas Washington-Post, Valse Boston y Cake Walk.<sup>107</sup>

Estas danzas extranjeras se oponían estéticamente a los que eran los bailes populares chilenos de la época: la sajuriana, la paloma, el aire y sobre todas éstas, la zamacueca.<sup>108</sup> La predominancia de las danzas europeas en los salones conllevó a que los bailes *de chicoteo*, o *de la tierra* como se les llamaba despectivamente, dejaran de estar de moda, debiendo refugiarse en los suburbios de la ciudad y en los campos.<sup>109</sup>

Pero pese que la élite se interesó por nuevos bailes, los salones igualmente solían guardar un espacio de tiempo durante las últimas horas de la fiesta –cuando la compostura y el estiramiento cedían a los efectos del licor– para la interpretación de bailes populares como la zamacueca. Así nos lo dice *El Ferrocarril* hacia 1855: “En el teatro, las enmascaradas parejas, saboreando todos los placeres de la

---

<sup>103</sup> Ya se largaron las fondas (cueca). Claro, Samuel. (1994). *Chilena o cueca tradicional*. Santiago: Universidad Católica de Chile, p. 66.

<sup>104</sup> “Las piernas están en el apojeo de su gloria. A las cuadrillas, sucede el schotis, al schotis la redowa, a la redowa la mazourka.” Revista semanal. (1856, 22 de septiembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

<sup>105</sup> Baile filarmónico del dieziocho de setiembre. (1856, 22 de septiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>106</sup> Música en la Alameda. (1889, 25 de diciembre). *El Ferrocarril*, p.

<sup>107</sup> Franco Zubicueta, Alfredo. Op. cit., p. \*\*\*\*\*

<sup>108</sup> “En el centro estaba la tarima en donde alternativamente se bailaba la zamacueca, la sajuriana, la paloma, el aire y otras mil danzas más que se han perdido ya entre nosotros.” Barros Grez, Daniel. Op. cit., p. 55.

<sup>109</sup> Claro, Samuel. (1997). *Oyendo a Chile*. Santiago: Andrés Bello, p. 72.

danza, hasta hartarse con los refinamientos del deleite i dejenerar en la popular *zan dunga*.<sup>110</sup> Del mismo modo, los anuncios de dos bailes con ocasión de la nochebuena de 1865 nos confirman esta tendencia a dejar para el final la interpretación de los bailes populares. En el caso del Teatro se anuncia que: “Desde la una de la mañana alternará la orquesta con el canto i bailes nacionales.”<sup>111</sup> Mientras que en el baile de la Filarmónica se afirma que la música europea y nacional se iría alternando a lo largo de todo el programa: “se cuenta con una numerosa orquesta de buenos artistas que harán oír escojidos trozos de los compositores mas acreditados alternándose sucesivamente con la entusiasta harpa i guitarra.”<sup>112</sup>

Los salones y los teatros eran pues, eran espacios de sociabilidad que servían exclusivamente a los miembros de la élite, siendo los miembros de las clases populares totalmente ajenos a este tipo de espectáculos, dado que no tenían el dinero ni la vestimenta para entrar en ellos. Así nos lo confirma Pompeyo, personaje de *Lances de Noche Buena*, quien le hace notar a un amigo *medio pelo*<sup>113</sup> lo importante de llevar dinero en estas fiestas, a propósito del baile de nochebuena en el Teatro en 1858: “¡Venirte al baile sin centavo! Pobre amigo, sin plata aquí no se hace nada, mejor es mil veces no venir.”<sup>114</sup>

Mientras los espectáculos de la élite se multiplicaban cada año para fechas como las fiestas patrias y la pascua, los entretenimientos populares eran cada en menor cantidad y menos apoyados por los organizadores de los programas festivos. La exclusividad de los salones de baile y los teatros llevaron a un desinterés de las clases populares por este tipo de entretenimientos, ya que no podían acceder a ellos. Esta desafección por los espectáculos de la élite puede apreciarse en los siguientes versos publicados en *El Charivari*, a propósito de un recuento de las fiestas de septiembre del año 1867:

Hubo fiesta en el Teatro  
I aunque cantaron en tono  
Harto subido los líricos,  
Durmió el pueblo afanoso  
I así pasó el Diez i siete  
Frío, aburridor i tonto...<sup>115</sup>

---

<sup>110</sup> Pascua, puñaladas, flores, chocolate i bofetones. (1855, 26 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.

<sup>111</sup> Grandes espectáculos organizados por la Empresa del teatro, en celebracion de la Pascua de Navidad, para los días domingo 24 i lunes 25 de diciembre. (1865, 23 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 1.

<sup>112</sup> Casino de la Filarmónica. Gran feria para los días 24 i 25 del presente. (1865, 23 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 1.

<sup>113</sup>\*\*\*\*\*

<sup>114</sup> Vargas, Moisés. Op. cit., p. 118.

<sup>115</sup> Borquez, Chuchi. 18 de septiembre. (1867, 24 de septiembre). *El Charivari*, p. 2.

La cuestión, en resumidas cuentas, es que la élite a la vez que creaba sus propias formas de fiesta, fue también imprimiendo su sello elitista a la mayoría de las actividades que constituían los programas festivos de cada año. Así, en el caso de las fiestas patrias, las carreras del Club Hípico (corridas a la inglesa) reemplazaron a las tradicionales carreras “a la chilena” que se efectuaban en la Pampa desde los tiempos posteriores a la independencia.

El historiador Fernando Purcell ha rescatado la importancia cultural que tenían las carreras de caballos para el pueblo chileno, y se atreve a decir que éstas junto a las chinganas eran las más importantes formas de sociabilidad de los sectores populares, al menos de la zona central.<sup>116</sup> Asimismo, el autor explica que las carreras solían atraer a todas las clases sociales, y venían acompañadas recurrentemente del establecimiento de chinganas y puestos de venta, convirtiéndose en verdaderas fiestas populares.<sup>117</sup>

Nada más distante al panorama que dejó la creación del Club Hípico, tras lo cual las carreras que se programaban en ocasión de fiestas patrias ya no atraían al bajo pueblo como en tiempos de antaño, sino que mayormente a la élite. Así lo demuestra la carta –ficticia o no– de un roto que describe su impresión de las carreras del Club Hípico en 1869, año de la fundación del mismo: “Las carreras no me gustaron ni pica porque fueron a la Gringa y los jinetes lo llaman *joque* i la cancha le llaman *Idroponomo* es reonda i con unos lasos de fierro trensaos.”<sup>118</sup>

Además de la diferencia en la forma misma de la pista de las carreras de caballos (ovalada, a diferencia de las carreras a la chilena que se realizaban en línea recta), la vestimenta misma de los *jockeys* causaba también extrañeza para los rotos y huasos que presenciaban estos espectáculos. Así nos lo muestran las *Impresiones de un huaso en las fiestas patrias* publicadas en 1893 por el periódico *Poncio Pilatos*, en métrica de cuarteta:

Porque corren a la mala,	Los jinetes ¡ja, ja, ja!
I en unos pingos tan flacos,	Van vestios e payasos,
Que más arpas o rabeles	I, lo mesmo que los monos,
Parecían que caballos	Se les pegan a los mancos. <sup>119</sup>

Otro ejemplo del desdén con que parte de los sectores populares miraban a este tipo de entretenimientos de la élite lo encontramos en la novela *El roto* de Joaquín Edwards Bello, en donde

---

<sup>116</sup> Purcell, Fernando. Op. cit., p. 99.

<sup>117</sup> *Ibíd.*, p. 95.

<sup>118</sup> Pedro Alegría. El Dieziocho. (1869, 25 de septiembre). *El Charivari*, p. 4.

<sup>119</sup> Impresiones de un huaso en las fiestas patrias. (1893, 21 de septiembre). *Poncio Pilatos*, p. 1.

una de las trabajadoras del burdel en que se desarrolla la novela arguye que a ella “le gustaban las carreras a la chilena en la Pila del Ganso, allende la polvorosa Avenida de los Pajaritos”, pues “El Hipódromo es pa los futres.”<sup>120</sup>

El Club Hípico se afianzo pues, como un espacio de sociabilidad casi exclusivo de la élite, en que ya poco quedaba de las tradicionales carreras de huasos a las que se asistía en carreta, y junto a las que se bebía y danzaba al son del arpa y la guitarra. Ahora en cambio, estas carreras servían como pretexto para mostrarse en sociedad y ponerse al día con las noticias del mundo de la clase alta chilena, como nos lo muestra la eficaz pluma de Luis Orrego Luco:

Reuníanse en el rincón “de las gallinas finas” del Club Hípico, en donde se lucían unas á otras los trajes, rodeadas de un grupo de vividores con quienes formaban especie de Club al aire libre en los domingos de carrera, comentando sucesos del día, rumores, escándalos, noticias de sensación y de bulto, comadrerías, enredos, chismes, encargos á Europa, dineros de fulano, trajes de mengana en la última comida, enredos de sutana con el de más allá.<sup>121</sup>

Salones de baile como la Filarmónica o el Teatro Municipal, y el Club Hípico, son muestras pues del desarrollo de formas de sociabilidad propias de la élite a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. En el caso de los salones, vemos que su pomposidad y la liberalidad que se permitía en su interior, dista mucho de las tertulias de primera mitad de siglo, en que aún el arpa y guitarra predominaban por sobre la orquesta, y en que las madres aún tenían un alto grado de intervención sobre el comportamiento de sus hijas. La creación del Club Hípico, asimismo, muestra cómo se logró transformar una afición compartida por ricos y pobres en un espectáculo restrictivo a los nuevos modos de sociabilidad exclusivos de la élite.

Estamos pues ante un distanciamiento entre las prácticas culturales, usos o costumbres, de ambas clases en torno a la fiesta y formas de sociabilidad durante la segunda mitad del siglo XIX. Habiendo caracterizado ya este distanciamiento, pasaremos a continuación a ahondar en este proceso, pero poniendo especial énfasis en la segregación del bajo pueblo de los espacios públicos en el contexto de las fiestas que interesan a nuestro estudio.

---

<sup>120</sup> Edwards Bello, Joaquín. (2003). *El roto*. Santiago: Universitaria, p. 101.

<sup>121</sup> Orrego Luco, Luis. (1908). *Op. cit.*, p. 189.

### 3. Segregación social de los espacios de fiesta:

“Al Parqui no ejan entrar”<sup>122</sup>

Como hemos dicho, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX hubo un distanciamiento en las formas de fiesta de la élite y el bajo pueblo de la ciudad de Santiago. Este proceso se conjugó con otros, como la modernización y heroseamiento de la ciudad, la llegada de miembros de las élites provinciales a establecerse en Santiago y el relativo auge económico de las clases acomodadas. En este contexto, la apropiación cultural de espacios emblemáticos de la fiesta popular como lo fueron la Pampa y la Alameda, fue sólo la manifestación de su jerarquía en el espacio urbano.

En el caso de la Pampa, el hecho que marca una transición en torno a la tradición del diecinueve en la Pampa es la inauguración, entre los años 1872 y 1873, del Parque Cousiño, sobre el terreno del anterior Campo de Marte. Con la creación de este parque, que representaba las utopías europeístas de la élite chilena –fue inspirado en el bosque de Boulogne de París–,<sup>123</sup> se terminó con la tradición de la instalación de fondas y ventas de alimentos y refrescos de todo tipo en el interior de este espacio – que ahora albergaba al parque–, trasladándose estas diversiones a las avenidas exteriores a éste. Con esta medida, el clásico paseo a la Pampa del día diecinueve, si bien se mantuvo, perdió su característica esencial: reunir al pueblo y a la élite en un solo lugar en que cada uno desplegaba su sociabilidad propia.

El programa de las fiestas del año 1872, nos muestra cómo se disponía espacialmente esta segregación de las fondas y carretones de vino y canto: “Las ventas, chinganas, carretas, etc. se situarán en este orden: plaza Blanco Encalada, avenida Beauchef, avenida Rondizzoni i avenida Viel, quedando siempre libre la avenida Tupper.”<sup>124</sup>

En ese sentido, a partir de la creación de este nuevo espacio –hecho a la medida de la aristocracia– el pueblo fue perdiendo su protagonismo en estas celebraciones del parque, lo que queda plasmado hacia 1896 en el periódico *El Jeneral Pililo*, que mira con nostalgia las costumbres que antes de la creación del parque podían verse en este espacio:

“Tampoco se ven ya a los populares paseos en carreta a la Pampa, donde tres o cuatro familias se unian para improvisar sobre la verde yerba un banquete succulento i primitivo, en que alternaban los pavos

---

<sup>122</sup> ¿Gustamos o no gustamos? Diálogo entre dos rotos. (1881, 15 de setiembre). *El Padre Cobos*, p. 1.

<sup>123</sup> Tornero, Recaredo Santos. Op. cit., p. 19.

<sup>124</sup> *Programa de las festividades cívicas de setiembre de 1872*. Op. cit., p. 13.

fiambres con los corderos asados, entre vasos de chispeante chicha, copitas de dulce mistela i el lejendario ponche en leche i ponche en agua arrimado a nieve.”<sup>125</sup>

Para autores como Armando De Ramón<sup>126</sup> y Manuel Vicuña,<sup>127</sup> el fenómeno a que nos referimos forma parte de un proceso de segregación social de los espacios que se dio a lo largo de todo nuestro período de estudio (1850-1900), y que significó tanto el requisamiento de lugares que antes eran de uso público como la apertura de otros nuevos espacios para la élite, como podrían ser el Club Hípico (1868) y el Teatro Municipal (1857).<sup>128</sup>

En cualquier caso, nuestra hipótesis supone que la cultura popular poseyó la suficiente resiliencia y autonomía como para sobrevivir más allá de estas prohibiciones, lo que se demuestra en los cuadros costumbristas y noticias que hasta ya fines del siglo XX aún recrean pintorescas escenas en torno al diecinueve, aunque la pampa se hubiera convertido en parque y el poncho y ojotas quedaran cada vez más en el olvido por el traje de frac.

Pese a la separación de los espacios que supuso la creación del parque, la élite no pudo prohibir directamente que los pobres ingresaran a éste, sino que simplemente ponían prohibiciones en cuanto al ingreso de los elementos que opacaran el tinte aristocrático que en su interior debía reinar: carretas, ventas de licores, juegos de azar, volantines, ebrios, etc.<sup>129</sup> Pese a esto, Juan Rafael Allende nos dice 1881 que sí existía una discriminación hacia el roto por su vestimenta, al igual que lo vimos en la celebración de la misa del gallo:

Al Parqui no ejan entrar  
A los de chupalla agora  
Como de ántes, i a la Quinta  
Tampoco si uno no afloja<sup>130</sup>

---

<sup>125</sup> Las Fiestas Patrias. (1896, 22 de setiembre). *El Jeneral Pililo*, p. 1.

<sup>126</sup> Ramón, Armando de. *Santiago de Chile, 1850-1900: Límites urbanos y segregación espacial según estratos*. En: Revista paraguaya de sociología n° 42/43. (1978). Asunción: Centro paraguayo de estudios sociológicos, pp. 253-276.

<sup>127</sup> Vicuña, Manuel. Op. cit., p. 48.

<sup>128</sup> Vicuña, Manuel. Op. cit., p. 48.

<sup>129</sup> *Programa de las festividades cívicas de setiembre de 1872*. Op. cit., p. 13.

<sup>130</sup> ¿Gustamos o no gustamos? Diálogo entre dos rotos. (1881, 15 de setiembre). *El Padre Cobos*, p. 1.

La existencia de un restaurant, en que los miembros de la élite chilena podían comer y beber a su gusto, llevó a que esta clase social desechara de ahí en adelante la idea de establecer sus propias carpas al lado de las carpas del pueblo, como sucedía hacia 1856.<sup>131</sup>

Asimismo, la aún más vieja costumbre del paseo campestre –antño compartida por ricos y pobres– en que cada familia llevaba sus mantas, sillas y entremeses para instalarse bajo un frondoso árbol,<sup>132</sup> iría en bajada entre los miembros de la élite y sólo se mantendría entre las clases populares. Adjuntamos a continuación un verso encontrado en el periódico *El Padre Cobos* titulado *Los dos pueblos*, en que se expresan las diferencias entre cómo se divertía la élite y el pueblo hacia el año 1882 en el interior (e inmediaciones) del Parque Cousiño:

Pronto el rico se marea  
I se larga al restaurant,  
Donde bizcocho, jalea,  
Jerez i oportó le dan  
I despues de cobrar pericos,  
Grita cuando ya se sacia:  
¡Cómo gozamos los ricos!  
¡Que viva la aristocracia!

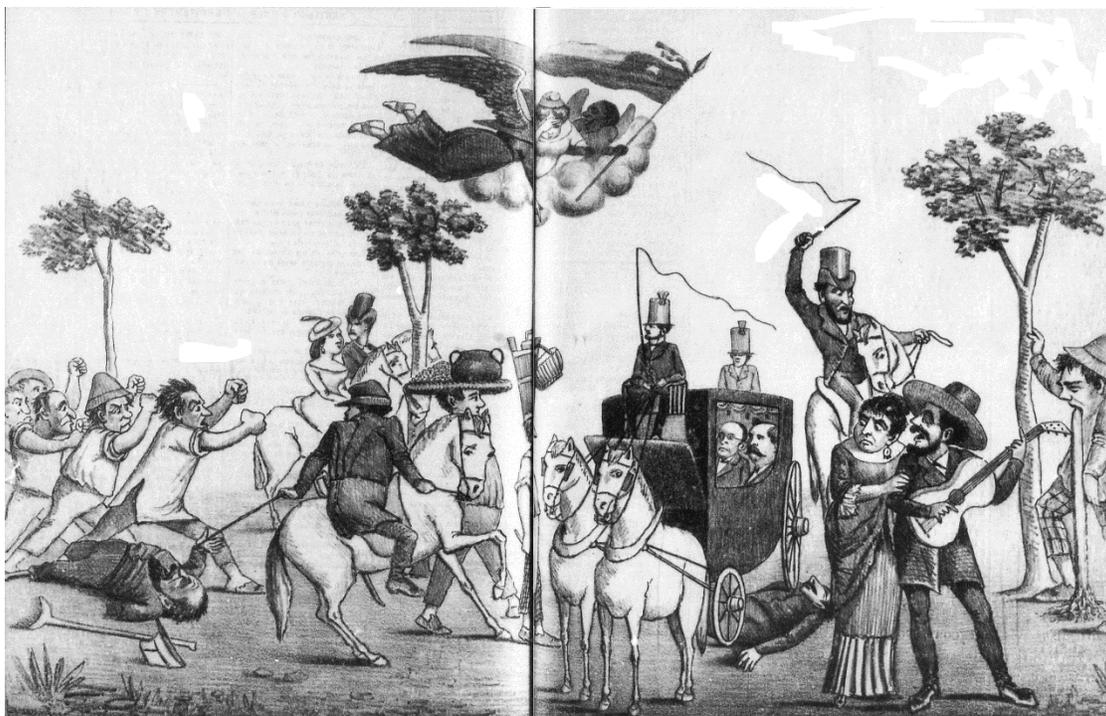
Tiéndese el pobre en el pasto  
Sin el menor contrapeso,  
I sacando de un canasto  
Vá aceitunas, *chancho* i queso,  
I con tragos no salobres  
Dá al olvido su desgracia,  
I grita: ¡Vivan los pobres!  
¡Que viva la democracia!<sup>133</sup>

---

<sup>131</sup> “Al lado de la carpa en que las acciones, los movimientos i las palabras están sujetos a cierta medida que a nadie es lícito traspasar, se levanta la carpa en que todo es permitido, en que el lenguaje de las pasiones no tiene cortapiza i en que Baco i Cupido reinan sin las cadenas que la cultura les ha puesto.” Revista semanal. (1856, 22 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

<sup>132</sup> “Para una familia chilena no hay placer mayor que un paseo á pie ó á caballo al campo, un mate tomado en un jardín ó en las faldas de un cerro, bajo un frondoso árbol, y todas las clases sociales parecen ser igualmente aficionadas á estos rústicos goces.” Graham, María. Op. cit., p. 284.

<sup>133</sup> Los dos pueblos. (1882, 18 de setiembre). *El Padre Cobos*, p. 4.



Los dos pueblos en las festividades de setiembre. (1882, 12 de septiembre). *El Padre Cobos*, pp. 2-3.

En los distintos periódicos editados por Juan Rafael Allende se solían hacer duras críticas a estas disposiciones de la élite en contra de las fiestas populares, sobre todo en contra de las variadas prohibiciones que permanentemente se mantenían, como la de ingresar licor al parque:

Yo me decía: Mañana  
Me desquitaré en el Llano,  
Echándome en una fonda,  
Al cuerpo sabrosos tragos.  
Pero en la Pampa, ¡ni añil!  
Porque habían ordenao  
Que nadie licor llevara,  
Ni en damajuana ni en tarros,  
Pues vijilia sin indulto  
*Era el Diciocho en este año,*<sup>134</sup>

Sin embargo estas prohibiciones de consumir licores al interior del Parque Cousiño podían no ser tan justas, pues resultaban en una desigualdad de condiciones: mientras los ricos se emborrachaban al interior del restaurant que había al interior de dicho parque –y en los múltiples salones de fiesta y

<sup>134</sup> Impresiones de un huaso en las fiestas patrias. (1893, 21 de setiembre). *Poncio Pilatos*, p. 1.

clubes de todo tipo que año a año brindaban entretenimientos para los miembros de la élite— los pobres debían ver cómo se le cerraban las posibilidades de divertirse a su manera en los lugares en que antaño solían remoler con entusiasmo. De esto se queja Allende en 1882, a través de un diálogo ficticio entre una pareja de rotos que critican los prejuicios existentes hacia los borrachos cuando éstos eran pobres, mientras que si eran ricos podían ocultarlo en la privacidad de sus carruajes y restaurantes:

–Pero ¿a que los que me vean	–Cierto: jutres mas tunantes
Icen que yo voi rascao?	En ni una parte los hai.
Como ellos van en rodao,	–Como ellos chupan champai
Naita que se ladean...	I chupan en restaurantes,
–Ende que tienen tarasca!...	La jente no los critica
–Los jutres de aquí e Santiago	Si los vé empinando el cacho...
Son bien regüenos pal trago,	–¡I a uno lo llaman borracho!
I hasta tienen mala rasca...	–Es así la jente rica... <sup>135</sup>

Además de las iglesias y el parque, otros espacios que se habían vuelto tradicionales en cada celebración patria cerraban también sus puertas a los rotos. Un caso emblemático fue el Cerro Santa Lucía, paseo en donde se programaban diversas actividades en razón de los festejos patrios, pero que quedó inaccesible para el bajo pueblo, que no estaba en condiciones de costear la entrada que se cobraba para el acceso: “Pero ¿i el Cerro de Santa Lucía? En los días de Dieciocho, cuesta dos pesos cincuenta centavos la entrada, i el Pueblo no tiene acceso a él.”<sup>136</sup>

Más allá del cobro de un canon para la entrada a un paseo público, la queja de los rotos iba más que nada dirigida al apoderamiento cultural que la élite surtía sobre estos espacios: “Si es en la Quinta, pasa lo mesmo que en el Cerro porque los aristócritos se han apoerao de todos los paseos que tenemos los pobres. Del Parque, pa qué te igo náa, más bien---! Agora han agarrao en ir a darse facha allí entre los rotos, ya en coche, ya a caballo...”<sup>137</sup>

Pasando al caso de la nochebuena, vemos que las prohibiciones habrían comenzado en 1886, con la suspensión total de los festejos en la Alameda y el Mercado Central, con motivo de la epidemia de cólera que azotaba al país por ese entonces.<sup>138</sup> Esta medida tenía una lógica, pues uno de los

<sup>135</sup> En reota. Diálogo pescado al vuelo. (1882, 22 de septiembre). *El Padre Cobos*, p. 1.

<sup>136</sup> Las Fiestas Patrias. (1896, 22 de septiembre). *El Jeneral Pililo*, p. 1.

<sup>137</sup> ¡Atrás los rotos! (1896, 15 de septiembre), *El Jeneral Pililo*, p. 4.

<sup>138</sup> “La del 24 de Diciembre no se señalará este año por la instalacion de ventas de frutas y bebidas en la Alameda de las Delicias ni en ningun otro barrio de la ciudad. La Intendencia, teniendo presente que la celebracion de una fiesta como la de Pascua de Navidad, da orijen a un consumo escepcional de frutas no bien sazonadas y de bebidas de toda clase, ha dispuesto no autorizar la colocacion de puestos en la noche y día mencionados. Se espera que con la adopcion de esta medida no habrá pretestos para alterar el réjimen hijiánico a que todos deben

principales atractivos de estas fiestas era el consumo de frutas, comidas y refrescos de todo tipo, lo que indefectiblemente promovía la propagación de este tipo de enfermedades, sin considerar la aglomeración de gente y los desperdicios que estos festejos dejaban.

Pese a esto, parte del pueblo de la época –que poco entendía de higiene y muchas veces se negaba incluso a cocer el agua antes de beberla– se manifestó en contra de que dichas prohibiciones fueran totales. Así lo demuestra la gestión de algunos propietarios de puestos de cocinería y refrescos del Mercado Central, quienes intentaron convencer primero al Regidor y posteriormente al Intendente de que se les permitiera igualmente establecer ventas en dicho lugar, aunque fuera por un período más corto de lo habitual, solicitud que fue denegada.<sup>139</sup>

Juan Rafael Allende hizo sátira de esta prohibición de las fiestas, en un diálogo entre *Don Evaristo* y *La Pascua*, donde cada uno explica el caso a su modo de ver:

*La Pascua*

Con que el pueblo me agasaje  
I me celebre ¿qué pierde?  
Aunque el Gobierno me ataje  
Siempre ese pueblo salvaje  
Ha de comer fruta verde.  
I no porque yo me esconda  
Faltará la borrachera,  
La bulla i la trapisonda,  
Que el pueblo, a falta de fonda,  
Las hallará donde él quiera.

*Don Evaristo*

Huye con tus porquerías  
Con tus frutas, i tus fiambres  
I tus torpes alegrías,  
Madre de disenterías  
I *lepidias* de calambres!  
Huye mujer infernal,  
Escapa como el asogue,  
Véte de la capital,  
Si no quieres que te ahogue  
Con mi cloruro de cal!<sup>140</sup>

Durante el año siguiente esta prohibición total de las fiestas en el espacio público de la Alameda y el Mercado se volvería a repetir, siendo sólo en 1888 cuando los festejos con ventas y fondas volverían a realizarse con su normalidad habitual.<sup>141</sup> Sin embargo, esto no duraría mucho, puesto que al año

---

someterse como un medio de prevenirse contra enfermedades epidémicas.” Noche Buena. (1886, 12 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

<sup>139</sup> “Varios propietarios de los puestos de cocinería y refresco del Mercado Central gestionaron ayer, primero con el rejidor de abastos que está de turno y luego con el intendente de la provincia, que se les concediera permiso para establecer ventas en la Noche Buena, en dicho Mercado, o al menos que el establecimiento se abriera al público a la una de la madrugada. Esta solicitud fue desechada en atención a que produciría los mismos inconvenientes que se han tenido en vista para prohibir los puestos en la Alameda.” Noche Buena en el Mercado Central. (1886, 24 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

<sup>140</sup> ¡Muera la Pascua! (1886, 14 de diciembre). *El Padre Padilla*, p. 4.

<sup>141</sup> “Desde temprano comenzaron ayer a instalarse en la Avenida de las Delicias, las ventas de flores, frutas y dulces, que ocuparon el espacio comprendido entre los óvalos de las estatuas de O’Higgins y San Martín, en la

siguiente la fiesta de la nochebuena en la Alameda comenzaría su segregación social definitiva, con el anuncio del alcalde Ramón Barros Luco de dividir las fiestas por barrios, o lo que es lo mismo, por clases sociales:

Las mismas fiestas tendrán lugar en la Alameda de las Delicias, en la sección sur del Camino de Cintura i en la población Ovalle; de modo que los vecinos de cada uno de estos barrios, sin salir de ellos, puedan disfrutar de aquellas.<sup>142</sup>

Pero esto no fue todo, pues la alcaldía dispuso también que durante dicho año de 1889 en la Alameda de las Delicias no se venderían licores ni podrían instalarse las tradicionales fondas de canto y baile, sino solamente los puestos de ventas de flores, frutas, refrescos, artesanías, etc.<sup>143</sup> Las fondas y su sociabilidad festiva quedaban por tanto desterradas del principal paseo público de la ciudad, espacio que tradicionalmente las había albergado desde antes de 1856. Se permitía eso sí su instalación en otras avenidas de los márgenes sur y norte, con el fin de darle entretenimiento a los sectores populares que habitaban mayormente aquellos sectores.

Sobre los lugares específicos que tomarían las diversiones populares y las ventas tras la segregación, sabemos que en el Camino de Cintura Sur (Avenida Matta), las fondas y carpas se instalarían en la sección sur de dicha arteria, entre las calles de San Diego y Gálvez (Zenteno), es decir, a lo largo de una cuadra. La Alameda mantendría la ubicación tradicional de los puestos de venta, es decir, en el costado norte de la avenida entre Ahumada y San Martín, quedando ahora desocupado el espacio desde la calle Manuel Rodríguez hacia el poniente (que solía ocuparse con las fondas). En el caso del sector al norte del Mapocho, allí se permitirían las fondas en las calles de Echeverría y Rivera, a lo largo de una cuadra de cada una, tomándose como eje central la Cañadilla (Avenida Independencia).<sup>144</sup> Sobre los horarios en que podrían funcionar los establecimientos de ventas y fondas (no en la Alameda), el periódico *La Época*, nos dice que hacia 1890 el horario de los puestos en cada una de las avenidas ya nombradas sería desde entre las 18.00-19.00 horas del día 24 hasta las

---

avenida norte. Desde la calle de Manuel Rodríguez hasta cerca de la de San Miguel se colocaron las ventas de refrescos y las fondas. Como en años anteriores, la afluencia de jente era extraordinaria. En el tabladillo tocó una banda de música. En vista de lo dispuesto por la Intendencia, de acuerdo con la alcaldía, dichas ventas y fondas deberán levantarse ántes de las doce del día de hoy." Noche Buena. (1888, 25 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

<sup>142</sup> Fiestas de Pascua. (1889, 20 de diciembre). *La Época*, p. 2.

<sup>143</sup> "En la Avenida las Delicias se permitirán solamente puestos o ventas de flores, frutas, refrescos y otros artículos análogos. En los otros dos puntos designados mas arriba podrán colocarse ademas, ventas de licores, fondas o ramadas y carpas con canto y baile." Fiestas de Pascua. (1889, 22 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

<sup>144</sup> Fiestas de Pascua. (1889, 22 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.

6.00 de la tarde del día 26,<sup>145</sup> por lo que creemos que la segregación, mas no la prohibición, fue el tinte de las fiestas de nochebuena tras 1889.

La segregación, no significó pues el fin de las fondas de arpa y guitarra, sino más bien su destierro hacia los barrios periféricos de La Chimba y Matadero, y con ello la decadencia de la Alameda como espacio de intercambio cultural festivo entre el pueblo y la élite. Nuestro planteamiento supone pues, que las ventas que se quedaron en la Alameda tras 1889 iban dirigidas hacia un público de clase alta, que era el que habitaba mayormente los barrios céntricos. Las fondas de arpa y guitarra, en cambio, se dirigieron a entretener al bajo pueblo, sector que no se adscribió al ideal de templanza y decoro que promovía la élite.

El periódico *El Ferrocarril* ya da cuenta de las diferencias que tuvo el ambiente festivo en estos tres puntos de la ciudad, argumentando que durante ese año en los festejos del barrio Matadero y la Cañadilla “la animacion era mucho mayor”<sup>146</sup> que en la Alameda. Otro relato que nos muestra las diferencias que habrían tenido los festejos, específicamente entre las fondas del norte del Mapocho con las ventas de la Alameda, nos lo otorga el poeta popular Adolfo Reyes, quien describió esta situación en una de sus lirás populares:

En las fondas Popula	Las ventas por la cañada
por la calle de Rivera	eran en abundancia
andaba la pelotera	i lucian su fragancia
desechando sus pesares	frutas flores i empanadas
los asaltos por millares	las muchachas arregladas
el jentio precenció,	desechaban toda pena
no estoi al corriendo yó	de flores estaban llenas
de lo que ahí a sucedido;	todas las damas hermosas
pero el Pueblo divertido	i paceaba delisiosa,
a su gusto remolió	la jente mui serena. <sup>147</sup>

Vemos que, según el *pueta*, en las fondas del margen norte del Mapocho ocurrían recurrentemente asaltos y la gente andaba como *pelotera*, es decir, aglomerada, y remoliendo a su gusto, es decir, bebiendo en grandes cantidades. Distintamente en la Alameda, el relato nos dice que reinaba la calma

---

<sup>145</sup> Con motivo de la celebracion de la Pascua. (1890, 24 de diciembre). *La Época*, p. 4.

<sup>146</sup> La Pascua. (1889, 25 de diciembre). *El Ferrocarril*, p.2.

<sup>147</sup> Reyes, Adolfo. (1866-1930). *El hijo ahorcado por el padre : Muertos i heridos en el camino de Cintura : La fiesta de Pascua : A lo divino* (Lira popular ; 118). Santiago: S.n.

pues la gente se paseaba con serenidad y las abundantes ventas no incluían al licor en su repertorio. Otro caso que muestra los desórdenes que sucedían en las fondas, esta vez en las del Camino de Cintura, nos lo da *La Época* en un artículo llamado *Guitarrazos i mojicones* en que se relata una pelea en la fonda de Elías 2° Araneda que terminó en una batahola, con todos los comensales de la fonda habiendo recibido algún golpe, una mujer caída sobre un brasero, una cantora distribuyendo golpes con la guitarra, el armazón de los licores caído al suelo y varios llevados por la policía al cuartel San Pablo.<sup>148</sup>

En fin, la persistencia de hechos violentos en las fondas de los márgenes de Santiago sólo demuestra el carácter profiláctico de las medidas tomadas en torno a la fiesta de la nochebuena.

Antes de finalizar este apartado sobre la segregación social de los espacios, mostraremos este fenómeno en otro de los espacios simbólicos en contexto de nochebuena: las iglesias. Los primeros antecedentes que tenemos de la segregación que se ejerció hacia los pobres de la ciudad de Santiago en estos recintos lo vemos en el caso de la misa del gallo de nochebuena. Ya hacia 1841 se negaba la entrada de los *rotos* a los templos, poniéndose como motivo el que no vestían de *frac*:

Un nuevo i sorprendente espectáculo me esperaba a la salida de la iglesia: centenares de individuos católicos, a quienes se les había negado la entrada al templo, como a los escomulgados, porque no vestían frac, dormían como dicen a pierna suelta, sirviéndoles de lecho las duras lozas de las gradas. ¡Qué horror!<sup>149</sup>

Esta situación se seguiría dando indefinidamente, lo que causó molestia entre cierto sector de las clases populares: los artesanos. Hacia el año 1845 éstos expusieron sus quejas a través del periódico *El Artesano Opositor*, tras el suceso en que un grupo de artesanos fue impedido de entrar a la misa del gallo, esgrimiéndose nuevamente como argumento la vestimenta inadecuada:

Al querer entrar al Templo se nos impidió por la tropa armada que guardaba sus puertas, mientras que estaban abiertas de par en par para los que iban vestidos de *frac* o *levita*. La desesperacion se apoderó de nosotros cuando conocimos que el motivo de esta horrible desigualdad era porque llevábamos *poncho*: ese traje tan desgraciado, y que sin embargo es el único que podemos usar por la comodidad que nos presta para encubrir nuestra honrosa pobreza.<sup>150</sup>

---

<sup>148</sup> Guitarrazos i mojicones. (1889, 26 de diciembre). *La Época*, p. 3.

<sup>149</sup> Sarmiento, Domingo Faustino. Op. cit., p. 159.

<sup>150</sup> Noche buena para los de frac, y mala para los de poncho. (1845, 31 de diciembre). *El Artesano Opositor*, p. 2.

En fin, vemos que estos tempranos casos de las iglesias no hacen sino dar cuenta lo mismo que en otros espacios de los que se apodera la élite: en ellos no puede ingresar quien no va *de buen tono*.

## Conclusión

*“Las festividades (cualquiera que sea su tipo) son una forma primordial determinante de la civilización humana.”<sup>151</sup>*

Las fiestas populares del diecinueve en la Pampa y la nochebuena en la Alameda sufrieron los efectos de un proceso de renovación empezado durante la intendencia de Benjamín Vicuña Mackenna. El Camino de Cintura fue uno de los proyectos de esta renovación urbana, cuya ‘ventaja’ era que: “Establece alrededor de los centros poblados una especie de cordon sanitario, por medio de sus plantaciones, contra las influencias pestilenciales de los arrabales”<sup>152</sup> Vemos que esto marca el futuro de la ciudad de Santiago, pues mientras nuevos barrios quedaban dentro de la esfera de dicho camino, con calles y paseos nuevos, los pobres de estos sectores debían marcharse e irse marginando cada vez más.

Pero a la segregación urbana debe agregársele la segregación política del pueblo, dado que durante el período de nuestro estudio tan sólo el 10% de chilenos mayores de 21 años ejercían su derecho a sufragio. La guerra del Pacífico habría brindado al *roto* un motivo para enorgullecerse de su aporte a la patria, pero no mucho más que eso.<sup>153</sup>

Por otro lado, pese al auge en la riqueza de los encumbrados miembros de la élite, se puede afirmar con toda certeza que “no hubo ningún cambio social *trascendente* durante todo el siglo XIX.”<sup>154</sup>

Bajo este contexto, se puede comprender que el pueblo no se haya subido al carro de las ilusiones europeístas de la élite, pues de nada le servían para cambiar su situación de vida.

---

<sup>151</sup> Bajtin, Mijail, (2003). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid: Alianza, pág. 14.

<sup>152</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín. Op. cit., p. 18.

<sup>153</sup> “Para ganar el salitre,  
Peliando, sudamos sangre  
I ustées hoy se dan facha.....

I esta raya no hai quien pase;

Porque soi Roto Chileno

I no esperen que acobarde.

Al Perú fui de *soldao*,

*Peliando* rendí mi sangre

Por defender a la patria,

Que los *rotos* ya se sabe

Somos carne de cañon

En toitos los combates.” Lathrop, Carlos 2º. (1894). *Certamen nacional chileno*. Santiago: Impr. Albion, p. 15.

<sup>154</sup> Jocelyn-Holt, Alfredo. Op. cit., p. 27.

La fiesta, se constituyó por tanto como una actitud de desembarazo ante la gravedad impuesta por la élite en todos los espacios de la vida social. No queremos decir que la fiesta constituyó netamente un ‘escape’ a la realidad social del pueblo santiaguino, sino más bien, la fiesta le brindó al pueblo una sociabilidad propia que se sustentaba en sentimientos colectivos, que se hacían más fuertes gracias a las condiciones materiales compartidas y una la forma de enfrentarlas.<sup>155</sup>

Es así que concluimos que el pueblo mantuvo sus formas peculiares de celebración en torno a la fiesta, ya en lo musical (la persistencia el uso del arpa y guitarra), en las danzas (la vitalidad que mantendría la cueca ya entrado el siglo XX) o en el consumo de comidas y bebidas (la entrada de nuevos licores, como la cerveza no impide que los ritos propios del pueblo –como ofrecer a beber en gesto de amistad– se mantengan).

Para finalizar parece justo hacer una relación entre el período de estudio y el presente preguntándonos: ¿Qué es lo que se necesita para matar una cultura? Como hemos visto, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, la fiesta popular, si bien no fue brutalmente reprimida ni prohibida *ad aeternum*, sí fue mal mirada por las clases dominantes, segregada socialmente y marginada. Hoy en día en el Parque O’Higgins durante las fiestas patrias aún se ve bailar alguna cueca, entre vasos de chicha, al interior de una fonda. Cientos de jóvenes participan de ‘ruedas cuequeras’ en el Parque de los Reyes, en el Parque Bustamante, en la Plaza Ñuñoa... ¿Son restos de una cultura popular que se mantuvo ‘abajo’ desde el siglo XIX? Me aventuraría a decir que sí, pero eso ya sería un tema para otra investigación.

---

<sup>155</sup> Salinas, Maximiliano. *Comida, música y humor...* Op. cit., p. 86.

## Fuentes y bibliografía

### a) Prensa satírica:

- a. Viva la noche buena!. (1866, 26 de diciembre). *La linterna del diablo*, p. 2.
- b. Borquez, Chuchi. 18 de septiembre. (1867, 24 de septiembre). *El Charivari*, p. 4.
- c. Omar. Celebración del aniversario. (1868, 27 de septiembre). *El Charivari*, p. 2.
- d. Pedro Alegría. El Dieziocho. (1869, 25 de septiembre). *El Charivari*, p. 4.
- e. Gran programa de las fiestas de setiembre de 1875, redactado corregido i aumentado por la comision nombrada por la intendencia de acuerdo con la pereza de don Zenon. (1875, 18 de septiembre). *El Padre Cobos*, p. 2.
- f. ¿Gustamos o no gustamos? Diálogo entre dos rotos. (1881, 15 de setiembre). *El Padre Cobos*, p. 1.
- g. Las fiestas del Dieziocho. (1881, 24 de septiembre). *El Padre Cobos*, p. 1.
- h. Los dos pueblos. (1882, 18 de septiembre). *El Padre Cobos*, p. 4.
- i. En reota. Diálogo pescado al vuelo. (1882, 22 de septiembre). *El Padre Cobos*, p. 1.
- j. La Pascua. (1883, 27 de diciembre). *El Padre Cobos*, p. 1.
- k. Después del fogueo. (1886, 23 de septiembre). *El Padre Padilla*, p. 4.
- l. ¡Muera la Pascua! (1886, 14 de diciembre). *El Padre Padilla*, p. 4.
- m. Las Fiestas Patrias. (1890, 22 de septiembre). *El Ají*, p. 2.
- n. Impresiones de un huaso en las fiestas patrias. (1893, 21 de septiembre). *Poncio Pilatos*, p. 1.
- o. La fiesta legendaria. (1893, 26 de diciembre). *Poncio Pilatos*, p. 1.
- p. ¡Atrás los rotos! (1896, 15 de septiembre), *El Jeneral Pililo*, p. 4.
- q. Las Fiestas Patrias. (1896, 22 de setiembre). *El Jeneral Pililo*, p. 1.
- r. ¡Noche buena! (1898, 26 de diciembre). *Poncio Pilatos*, p. 1.
- s. Tartaria. De todo un poco. (1900, 20 de septiembre). *El Fígaro*, p. 2.

### b) Prensa seria:

- a. Noche buena para los de frac, y mala para los de poncho. (1845, 31 de diciembre). *El Artesano Opositor*, p. 2.
- b. Programa de las solemnidades i regocijos públicos en celebridad del nacimiento de la República que tendrá lugar los días 17, 18, 19, 20 i 21 del próximo aniversario. (1850, 16 de setiembre). *La Barra*, p. 4.

- c. Pascua, puñaladas, flores, chocolate i bofetones. (1855, 26 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- d. Programa de las solemnidades i regocijos públicos en celebracion de la Independencia de la República que tendrán lugar en los días 17, 18, 19, 20 i 21 del presente mes de setiembre de 1856. (1856, 15 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- e. Fiestas dadas en honor al aniversario de la patria. (1856, 15 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- f. Revista semanal. (1856, 22 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 2.
- g. Baile filarmónico del dieziocho de setiembre. (1856, 22 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- h. La Pascua en la Alameda. (1856, 18 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- i. Noche buena. (1856, 20 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- j. Noche buena. (1856, 26 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- k. 18 de setiembre. (1857, 3 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 4.
- l. Dos grandes bailes. (1857, 24 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- m. Revista semanal. (1860, 24 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 2.
- n. Hechos diversos. (1860, 25 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.
- o. Campo de Marte. (1865, 21 de setiembre). *El Ferrocarril*, p. 3.
- p. Grandes espectáculos organizados por la Empresa del teatro, en celebracion de la Pascua de Navidad, para los días domingo 24 i lúnes 25 de diciembre. (1865, 23 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 1.
- q. Noche Buena. (1886, 12 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.
- r. Noche Buena en el Mercado Central. (1886, 24 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.
- s. Noche Buena. (1888, 25 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.
- t. Fiestas de Pascua. (1889, 20 de diciembre). *La Época*, p. 2.
- u. Fiestas de Pascua. (1889, 22 de diciembre). *El Ferrocarril*, p. 2.
- v. La Pascua. (1889, 25 de diciembre). *El Ferrocarril*, p.2.
- w. Guitarrazos i mojicones. (1889, 26 de diciembre). *La Época*, p. 3.
- x. Con motivo de la celebracion de la Pascua. (1890, 24 de diciembre). *La Época*, p. 4.

### c) Novelas:

- a. Barros Grez, Daniel. (1921). *Las aventuras de "Cuatro Remos"* (v.2). Santiago: Impr. La Unión.

- b. Blest Gana, Alberto. (1909). *El loco estero y Gladys Farfield* (7ª. ed.). Santiago: Zig-Zag.
- c. Blest Gana, Alberto. (185-). *Martín Rivas* (v.2). Baume-les-Dames: Impr. de J. Dion.
- d. Edwards Bello, Joaquín. (2003). *El roto*. Santiago: Universitaria
- e. Orrego Luco, Luis. (1908). *Casa Grande* (v.1). Santiago: Zig-Zag.
- f. Orrego Luco. (1912). *En familia*. Santiago: Zig-Zag.
- g. Vargas, Moisés. (1865). *La diversión de las familias* (v.1). Santiago: Impr. del Correo.

d) Obras teatrales:

- a. Lathrop, Carlos 2°. (1894). *Certamen nacional chileno*. Santiago: Impr. Albion, p. 15.
- b. Lathrop, Carlos 2°. (1895). *La pascua en Santiago*. Santiago: Impr. Albion.

e) Libros de crónicas y descripciones:

- a. Bladh, Carlos. (1951). *La República de Chile: 1821-1828*. Santiago: Universitaria.
- b. Blest Gana, Alberto. (1947). *Costumbres y viajes: páginas olvidadas*. Santiago: Difusión.
- c. Durand, Luis. (1953). *Paisajes y gentes de Chile*. Santiago: Zig-Zag.
- d. Graham, María. (19--). *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)*. Madrid: América.
- e. Poeppig, Eduard. (1960). *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)*. Santiago: Zig-Zag.
- f. Ruiz Aldea, Pedro. (1947). *Tipos y costumbres de Chile*, Santiago: Zig-Zag.
- g. Sarmiento, Domingo Faustino. *Obras de D. F. Sarmiento* (v.1). (1887). Buenos Aires: Félix Lajouane.
- h. Tornero, Recaredo Santos. (1872). *Chile Ilustrado: guía descriptiva del territorio de Chile, de las capitales de Provincia i de los puertos principales*. París: Impr. Hispano-Americana de Rouge Dunan i Fresne.

f) Lira popular:

- a. Jerez, Javier. (c. 1871-1876). *Viva el 18 de setiembre : I el presidente Errazuriz : Canción dedicada* (Lira popular ; 525). Santiago: Imprenta Maturana.

- b. Reyes, Adolfo. (1866-1930). *El hijo ahorcado por el padre : Muertos i heridos en el camino de Cintura : La fiesta de Pascua : A lo divino* (Lira popular ; 118). Santiago: S.n.

g) Otras fuentes:

- a. Franco Zubicueta, Alfredo. (1908). *Tratado de baile* (7ª ed.). Santiago: La Ilustración.
- b. *Programa de las festividades cívicas de setiembre de 1872*. (sep. 1872). Santiago: Impr. de la República.
- c. Vicuña Mackenna, Benjamín. (1872). *La transformación de Santiago*. Santiago: Impr. de la librería del Mercurio.

h) Bibliografía:

- a. Bajtin, Mijail, (2003). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid: Alianza.
- b. Burke, Peter. (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza.
- c. Chartier, Roger. (1992). El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural. Barcelona: Gedisa.
- d. Claro, Samuel. (1994). *Chilena o cueca tradicional*. Santiago: Universidad Católica de Chile.
- e. Claro, Samuel. (1997). *Oyendo a Chile*. Santiago: Andrés Bello.
- f. Collier, Simon. (1999). *Chile*. En: Bethell, Leslie (ed.). *Historia de América Latina 6. América latina independiente, 1820-1870*. Barcelona: Crítica.
- g. Geertz, Clifford. (2003). *La interpretación de la culturas*, Barcelona: Gedisa.
- h. Gómez Redondo, Fernando. (2008). *Manual de Crítica Literaria contemporánea*. Madrid: Castalia.
- i. Jocelyn-Holt, Alfredo. (1999). *El peso de la noche*. Santiago: Planeta.
- j. Kelley, Donald. *El giro cultural en la investigación histórica*. En: VV.AA. (1996). *La "nueva" historia cultural, la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinarietà*. Madrid: Complutense.
- k. Liu, Alan. *El poder del formalismo: el Nuevo Historicismo*. En: VV.AA. (1998). *Nuevo Historicismo*. Madrid: ARCO/LIBROS.

- l. Navarrete, Micaela. (1993). *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- m. Penedo, Antonio; Pontón, Gonzalo. *Introducción*. En: VV.AA. (1998). *Nuevo Historicismo*. Madrid: ARCO/LIBROS.
- n. Peralta, Paulina. (2007). *¡Chile tiene fiesta! : El origen del 18 de septiembre (1810-1837)* (1a. ed., Colección historia). Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- o. Purcell, Fernando. (2000). *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- p. Ramón, Armando de. *Santiago de Chile, 1850-1900: Límites urbanos y segregación espacial según estratos*. En: Revista paraguaya de sociología n° 42/43. (1978). Asunción: Centro paraguayo de estudios sociológicos.
- q. Romero, Luis Alberto. (1997). *¿Qué hacer con los pobres? elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*. Buenos Aires: Sudamericana.
- r. Salazar, Gabriel; Pinto, Julio. *Historia Contemporánea de Chile* (v.1). (1999) Santiago: LOM.
- s. Salinas, Maximiliano. *Comida, música y humor. La desbordada vida popular*. En: Sagredo, Rafael; Gazmuri, Cristián (eds.). *Historia de la vida privada en Chile. Tomo II. El Chile moderno. De 1840 a 1925*. (2006). Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
- t. Salinas, Maximiliano. (2007). *¡Vamos remoliendo mi alma!: La vida festiva popular en Santiago de Chile: 1870 a 1910* (1ª. ed.). Santiago: LOM.
- u. Storey, John. (2001). *Teoría cultural y cultura popular*, Barcelona: Octaedro, p. 13.
- v. Thompson, Edward. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- w. Uribe Echeverría, Juan. (1974). *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX*. Santiago: Pineda Libros.
- x. Vicuña, Manuel. (1996). *El París americano*. Santiago: Univ. Finis Terrae.